

La Ilustración Artística



AÑO XIII

BARCELONA 3 DE SEPTIEMBRE DE 1894

NÚM. 662

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal «Los Ecos de las Montañas,» de D. José Zorrilla, con magníficas ilustraciones de Gustavo Doré.

SALÓN PARÉS



LA ANUNCIACIÓN, cuadro de José M.^a Tamburini

SUMARIO

Texto. - *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. - *El recuerdo del tirano*, por Alejandro Larrubiera. - *Los soldados de la Independencia*. *Alvarez de Castro*, por Eduardo Zamora y Caballero. - *La paloma mensajera*, por Felipe Trigo. - *Nuestros grabados.* - *La taberna de las Tres Virtudes* (continuación). - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Concurso de coches automóviles organizado por el «Petit Journal»* - *Los relojes parlantes.* - D. Rafael Iglesias, presidente de la República de Costa Rica.

Grabados. - *La Anunciación*, cuadro de José M.^a Tamburini. - *Buena presa*, cuadro de Juan Baixas. - *La merienda*, cuadro de Juan Pinós. - *Mme. Severine*, retrato de Amelia Beaury-Saurel. - *Batalla de flores celebrada en Valencia.* - *Regresando de la fuente*, cuadro de Andrés Solá y Vidal. - *Rosalía*, cuadro de Juan Brull. - *El reservista*, cuadro de Antonio Coll y Pi. - *El jinete del desierto*, grupo colosal de Jorge Vastagh (hijo). - *Cabeza de estudio*, copia del cuadro de Raimundo de Madrazo. - *Li-Hui, rey de Corea.* - *El ministro de Hacienda coreano Pak-Chu-Yang.* - *Funcionario coreano en traje oficial.* - Concurso de coches automóviles. - Figs. 1 y 2. - El reloj parlante. - D. Rafael Iglesias.

VERDADES Y MENTIRAS

De varias cuestiones y de varios importantes problemas voy á ocuparme en este artículo, que habrá de ser somera enunciación de las cuestiones y problemas á que me refiero, y que á no impedírmelo fuerza mayor, habrán de servirme para tratar en sucesivos artículos con detenimiento, cual lo requiere especialmente cuando afecta á las enseñanzas del arte y de las aplicaciones de éste á la industria.

Por de pronto, debo apuntar cómo mis presunciones respecto del criterio que los artistas madrileños, ó que en Madrid viven y aquí se iniciaron en el arte, habían de imponer en Bilbao, fué presunción no exenta de fundamento. Por las listas de obras premiadas y por los juicios que á algún crítico le han merecido las producciones de cuantos por aquella región de las Vascongadas y Vizcaya al arte se dedican, puede sacarse en consecuencia cómo el prejuicio es innato en el artista, aun cuando éste alcance los más altos lugares en el cultivo del arte. No hace mucho tiempo un ilustre pintor publicaba en las columnas de *El Liberal* y en la sección en dicho diario abierta, con el título de *Plutarco del Pueblo*, un estudio crítico-biográfico del eximio autor de *El Testamento de Isabel la Católica*, Eduardo Rosales; y en el juicio que de la técnica de la obra del egregio Rosales emitía el Sr. Palmaroli, pudo advertirse cómo, guiado éste por un temperamento totalmente opuesto al de aquél, por un sentido estético cuyos moldes todavía no rompiera por completo el nuevo cambio de rumbo en favor del realismo y del impresionismo, en cuanto el impresionismo no se aparta de la realidad ni en un ápice, censuraba la manera ruda y enérgica del malogrado autor de *La muerte de Lucrecia*. Pudo advertirse que así como el Sr. Palmaroli procura acercarse, tanto en este juicio cuanto en toda su obra plástica, á ese medio justo tan soñado por los puristas que han venido produciendo la obra más irreprochable en su aspecto y forma y más apartada de toda originalidad y rasgo alguno de genio, así también han llevado á Bilbao los artistas que de aquí fueron prejuicios y puntos de vista contrarios completamente al carácter individual y al del medio en que han producido y vienen produciendo pintores y escultores cuya vecindad con la Naturaleza, cuya vecindad con Francia y cuyo temperamento les obligan á marchar por otro camino - no habré de juzgar si bueno ó malo, que esto nadie puede afirmarlo hoy - del que siguen los artistas ó la mayoría de los artistas que en esta corte viven.

Conozco todas, absolutamente todas las obras premiadas en Bilbao por los Sres. Romea, Saint-Aubin, Gómez y Madrazo (D. Ricardo), este último el que con mayor autoridad ocupaba un puesto en el jurado, y por eso puedo afirmar que á la exposición de Bilbao se le hace aparecer como una exposición, no de las nacionales, que en éstas siempre se registran originalismos, sino de las que celebra el Círculo de Bellas Artes en esta villa del oso, exenta de todo carácter típico desde el punto de vista artístico. Ante las notas que de aquí fueron, quedaron anuladas las regionales. Ampliáronse los premios, para que entrasen á participar de un pedacito de gloria aquellos que de Cataluña, Vizcaya y otras regiones aportaban obras. Dióse premio á cuadro como *La sopa*, pintura anodina, sin carácter, exenta de toda condición saliente, de toda originalidad; dejando en cambio para los premios de ampliación otras pinturas que tienen de la vida típica y de la Naturaleza vizcaína lo que en aquéllas reconocieron ya críticos y artistas.

A seguir así, tengo por cierto lo que ya he dicho aquí mismo. Las originalidades que puedan surgir en esas exposiciones regionales ó locales desaparecerán por virtud del influjo que á una las ideas escritas y

los criterios de los que viviendo en atmósfera puramente artificial como esta madrileña habrán de ejercer en los artistas, y esa esperanza de insuflarle nueva vida y caracteres nuevos al arte español no llegará jamás, á no imponerlo desde esta tribuna, por la centralización levantada á costa de las energías de toda especie de la nación, á orillas del mísero Manzanares, un genio de la talla del catalán Fortuny, del aragonés Goya ó del madrileño Rosales.

Dejando, pues, cuestión para mí tan importante como la indicada en las anteriores líneas, paso á ocuparme, como he dicho, ligeramente, de los proyectos que acaricia el señor ministro de Fomento, relativos á una nueva organización de la enseñanza de las bellas artes y de artes y oficios.

¡La reorganización de las Escuelas de Artes y Oficios! Ahí es nada; una bicoca que significa ó debe significar para el ministerio de Fomento un buen golpe de millones empleados en tales enseñanzas; que significa el levantamiento de la postración en que yacen las industrias y las artes españolas; que significa un veneno de riqueza nacional; que significa, en fin, alcanzar en el concierto de los pueblos cultos aquel grado de importancia á que debe y puede aspirar esta tierra artística é industrial por excelencia.

Pero, entiéndalo bien el señor ministro de Fomento y con el señor ministro de Fomento los que le aconsejan: las industrias de que hablo son las exclusivamente nacionales; aquellas que por razones de lugar, de condiciones climatológicas, étnicas, geográficas, orográficas, históricas, etc., son susceptibles de ser de nuevo levantadas á aquel grado de prosperidad que en otros tiempos alcanzaron. Entiéndalo bien el señor ministro de Fomento; porque todas esas enseñanzas, análogas á la implantada recientemente por real decreto, de peritos electricistas, como aquellas otras que el Sr. Moret pretendía establecer en talleres prácticos pagados por el Estado, son música celestial y dinero y tiempo perdidos.

En verdad que es monomanía inexplicable la de las reformas que de algún tiempo á esta parte les ha entrado de rondón en el cuerpo á los ministros de Fomento especialmente, como si cuanto atañe á la enseñanza en sus distintos aspectos, fuese cosa bala-dí, fácil en su implantación y desarrollo. Cuando don Claudio Moyano llevó á cabo su ley de instrucción pública, vigente todavía en todo cuanto es esencial en ella, trabajara número grande, no de meses, sino de años, en prepararla; de modo que al ocupar el poder, la labor tan sólo quedaba reducida á consulta de puntos dudosos de menor cuantía. ¿Han estudiado por ventura en el ministerio de Fomento las condiciones en que pueden ser reorganizadas, con probabilidades de éxito, las enseñanzas en las Escuelas de Artes y Oficios? Por seguro tengo que no.

Tan seguro tengo que no, que apostaría doble contra sencillo á que si algún dato ó informe existe respecto del particular, procede únicamente de la escuela central, ó de las estadísticas hechas *calamo corriente* en las de provincias. Cuando más, y esto es lo seguro, en Fomento tienen á la vista las memorias que en Francia, Inglaterra é Italia se publican oficialmente todos los años respecto de las vicisitudes, reformas y organización que periódicamente sufren allí las enseñanzas de que vengo haciendo mención. Y no han caído en la cuenta nuestros ministros de Fomento que ninguno de esos antecedentes, ninguna de esas memorias é informes dicen la verdad en lo tocante á los resultados prácticos de las enseñanzas, ni son aplicables en su modo especial de ser á las necesidades de la industria genuinamente española.

Director de Instrucción pública he conocido que llevado también del afán reformista «á la moderna», pretendía implantar en España las enseñanzas en grande escala de mecánica, de electrotecnia, de metalurgia, etc., sacándome á colación el Cristo de siempre: Inglaterra, Bélgica, Francia, los Estados Unidos...

- Señor director, contesté, ¿cree usted que Cataluña es fabril?

- Ya lo creo; como fabriles y mineras son Vizcaya y Asturias y Huelva, etc.

- Perfectamente. ¿Y usted cree que la riqueza más importante de Cataluña, región que siempre ponemos como ejemplo en estos casos, es la industrial y fabril?

- Indudablemente.

- Pues, señor director, usted no se ha tomado la molestia de enterarse, cosa después de todo sumamente fácil; porque si usted se hubiera enterado, sabría que en Cataluña la riqueza principal es la agrícola. Como sabría también que á nuestros ingenieros, mecánicos, maestros de talleres y fundidores, conductores de máquinas y demás les está concedida la tercera ó la cuarta parte de los lugares técnicos

en esas grandes fundiciones vizcaínas, asturianas, catalanas, como asimismo en las construcciones y tendidos de líneas férreas.

Pero estos tutores de los intereses morales y materiales del país son incorregibles. Las enseñanzas de la Historia no significan nada para ellos. Han visto cómo cuantas industrias el rey de feliz memoria Carlos III implantó en España, no alcanzaron vida de ninguna especie. Han visto cómo desde la fábrica de cerámica del Retiro hasta las que en Sevilla y otras capitales creó, vinieron á muerte por consunción inmediatamente. Han visto cómo cuantas tentativas se hicieron, fuera de ciertas y determinadas localidades, para procurar nuevos rumbos á las industrias, tomando ejemplo de otras naciones, fracasaron.

Nosotros no somos industriales al modo que las naciones eminentemente mineras del Norte de Europa lo son; ni tampoco por razón de las producciones del país, ni por las condiciones eminentemente artísticas de nuestras razas somos pueblo manufacturero, en cuanto á esas manufacturas que la moda hace surgir y desaparecer en breve espacio de años. Nuestras industrias son por su naturaleza artísticas antes que nada y monumentales. Por muchas vueltas que le den todos los ministros de Fomento, los grandes establecimientos fabriles de cristalería de lujo, de quincalla, de bisutería y de otras producciones análogas, no pueden vivir en nuestro país, no tan sólo porque el consumo aquí es relativamente pequeño, sino porque en este género de productos nos llevarán siempre gran ventaja Francia y Alemania, que á ellos vienen dedicándose ha largos años; y no se inventan industrias como se forjan castillos en el aire. La orfebrería, la cerámica artística, los tisús y demás telas de materias ricas, las armas blancas y de fuego, la cerrajería artística y la herrería lisa, la talla en madera, éstas y algunas otras que se me quedan en el tintero son las industrias genuinamente españolas; éstas y no otras. Agrícola en primer término, marítima en segundo, quizá en tercero minera, España no cuenta con esa inmensa masa de burguesía acomodada y semiacomodada, ni con esa población flotante que en otros pueblos, por virtud de las condiciones sociales y de las geográficas de ellos, componen por sí solos, aparte del de exportación, un mercado capaz de ayudar al sostenimiento de las industrias dichas; pero nosotros, en cambio, por razón de la especialísima característica de arte de nuestras industrias, original cual no hay otro, tenemos siempre, ó debemos tenerla por lo menos, ventaja grande sobre cuantos pueblos extranjeros se dedican á la producción de las más arriba enumeradas.

¡Bonito porvenir les espera á los electricistas de nuestras Escuelas de Artes y Oficios! Aquí, donde las aplicaciones de la electricidad quedan reducidas á tender cables para los teléfonos y el alumbrado; aquí, donde excepción hecha de una ó dos regiones, en las cuales, andando el tiempo, quizá sustituyan el vapor por la electricidad en cien fábricas, y aun creo que me excedo en el número, y en donde el personal técnico es en gran parte extranjero, se pretende, y esto es lo más gracioso, sin contar con muchos millones de pesetas de presupuesto, se pretende dar enseñanzas de las cuales salgan competidores capaces de luchar con éxito con el personal técnico que sale de las escuelas alemanas, belgas, francesas é inglesas.

No hago más que apuntar á vuela pluma algunas consideraciones; por lo tanto, queda para otro día, con datos estadísticos á la vista, probar cómo no es fácil que un ministro en el breve espacio de tiempo que los vaivenes de la política le dan para calentar el sillón ministerial, pueda trazar un plan de reformas completo en la enseñanza de las Escuelas de Artes y Oficios. Tan sólo para estudiar la importancia que han tenido y que deben volver á tener las distintas artes y los oficios distintos que en Toledo, Valencia, Talavera, Córdoba, Granada, Madrid, Segovia y otras poblaciones y regiones existieron; tan sólo para penetrarse de las causas á que obedeció la decadencia primero, después la desaparición de toda esa riqueza, manifestación brillante de nuestra vida y senso nacional; tan sólo para estudiar el medio de tornar á la vida, y á la vida moderna, todo eso, dándole á la ciencia lo que á la ciencia corresponda y al arte lo que es suyo; tan sólo para recoger datos verídicos, ciertos, irrefutables, de los resultados prácticos en los distintos órdenes de enseñanzas que se dan en Escuelas de Artes y Oficios de España y formarse con arreglo á ellos un criterio, es menester que dedique un ministro años y años y cuidados y desvelos y conocimientos especiales que no es dable á ninguno de los que van al ex convento de la Trinidad.

No es cosa fácil hinchar un perro, y menos los de esta talla y categoría.

R. Balsa de la Vega

EL RECUERDO

DEL TIRANO

I

La mesnada de Juan León tenía algo del huracán: arrollaba cuanto á su paso se oponía.

Era el caudillo un hombre ambicioso y cruel: su pecho era más duro que la peña: su cabeza era de hierro. Y es claro: las cabezas de hierro no sienten.

Armado de todas armas, caballero en tostado alazán, el cuerpo encerrado en las duras planchas de la armadura tinta en sangre de cien peleas, al frente de sus parciales — un puñado de aventureros, buitres humanos, ávidos de sangre y de oro — Juan León apareció una tarde á la entrada del valle: un valle de la montaña, cubierta su extensa vega de maizales, cuajados de verdes mazorcas. El cierzo hacía balancear los tallos, arrancándoles un suave y prolongado quejido.

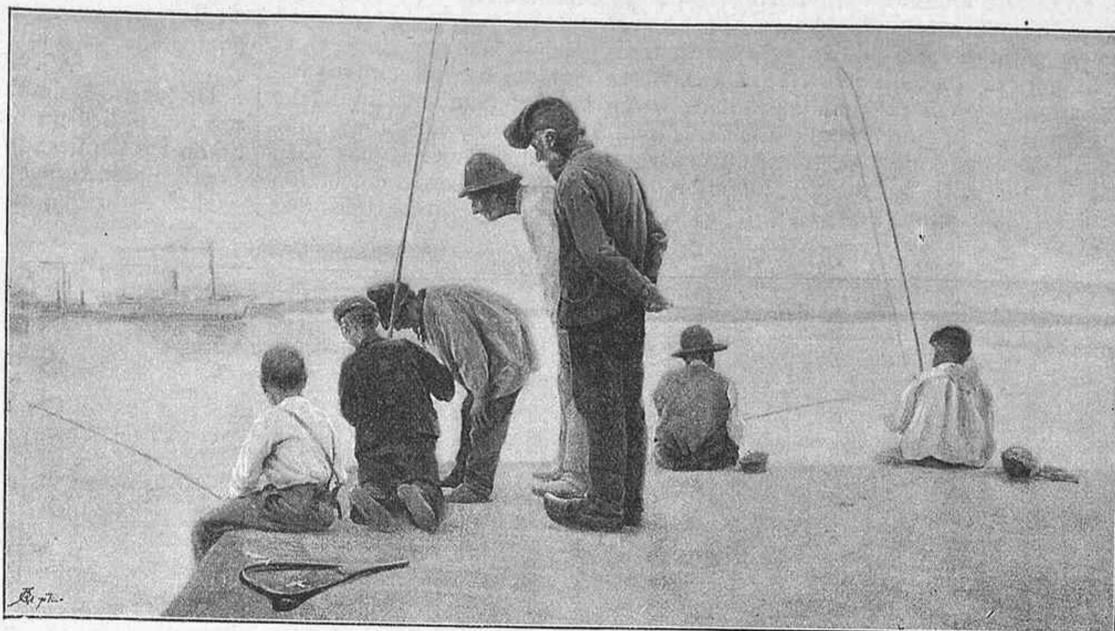
El sol poniente besaba con tibia y dorada luz las casucas de las aldeas y arrancaba luminosos destellos á los campanarios de las iglesias: los badajos golpeaban melancólicamente las metálicas paredes de las esquilas, y en el aire resonaban las notas del *Agnusdei* y el chirrido de las carretas perezosamente arrastradas por los bueyes. Algunos aldeanos cruzaban los senderos de la vega, al hombro el dalle y en la boca una canción de triste cadencia, como lo son todos los cantos formados por la musa popular de la montaña.

Al pie de unos nogales hicieron alto aquellos guerreros.

Juan León dirigió una codiciosa mirada al valle y pensó en voz alta:

— ¡Esta tierra ha de ser nuestra!

— Lo será, afirmó con fe ciega el que hacía las veces de lugarteniente.



Buena presa, cuadro de Juan Baixas
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

II

¡Lo fué!.

La tropa de Juan León se apoderó por sorpresa del valle.

Donde jamás resonaron otros silbidos que los de los montañeses llamando á sus bueyes, silbaron las flechas.

Ante el peligro, reuniéronse al toque de somatén de los concejos todos los hombres hábiles de la comarca. Bajaron al valle, en pelotón, armados de hoces, de palas y picos, con hondas y guijarros. Sin guía ni jefe, sólo en el pecho de cada cual la rabiosa indignación del que se ve desposeído de lo que más ama, arrojáronse bravamente á la pelea contra aquellos guerreros que tenían por divisa: «Luchar y vencer.»

El combate duró poco: se hizo cuerpo á cuerpo; rugían los unos, blasfemaban los otros: las mujeres, en lo alto de los montes, lloraban: los viejos, con la

cabeza caída al pecho, temblaban: todo era espanto.

Los más valientes cayeron regando con su sangre la tierra que les pertenecía, los más cobardes se entregaron sin resistencia; las mujeres y los ancianos, dócil rebaño, siguieron al triunfador, inmovible á las plañideras lamentaciones de los pusilánimes vencidos.

La chusma guerrera entregóse al pillaje: saqueó los concejos, violó á las doncellas, martirizó á los niños, incendió las casas: de tan grosera crueldad padeció siempre el ánimo guerrero en su embriaguez de triunfo.

III

En una meseta del monte, desde donde se dominaba todo el valle, quiso Juan León perpetuar su hazaña de latrocinio, levantando soberbia mansión feudal.

Arrancáronse de cuajo los árboles seculares de la meseta y las matas de florecillas y pensamientos que la tapizaban, regia alfombra de múltiples colores, y andando el tiempo, elevóse, tan altivo y duro como su dueño, un hermoso castillo de piedra, y en donde antes azotaba el aire las cimas de robles centenarios, azotaba ahora las cimeras de los cascos de la gente de guardia en las almenas y torreones.

Harto de guerrear, cansado por los años, como pantera ahita que se guarece en su cubil, así Juan León encerróse en su fortaleza, y cual ánima en pena vagaba de un lado á otro de aquel amurallado recinto.

De día en día la faz de Juan León iba ensombreciéndose más y más. El tedio le devoraba. Las canosas barbas se ensortijaban desmañadamente; el tronco, antes robusto, se encorvaba: le iban faltando las fuerzas, casi no podía ya alzar un lanzón el que en la corte gozó fama de diestro y forzudo.

Solo, sin afecciones de familia, más huraña, más feroz que nunca, Juan León miraba á su derredor



La merienda, cuadro de Juan Pinós
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

con medrosa insistencia como si en el aire columbrara la sombra de un enemigo. Hostil, refunfuñando una maldición, dirigióse á la azotea del castillo, y allí, apoyados los codos en la rasante de una barbacana, sumíase en muda contemplación. La melancolía del paisaje aumentaba la negrura de su tristeza. En los helados días de invierno, la niebla que descendía de las montañas le hacía estremecer de frío, pero se regocijaba á la vista de aquellos tules blanquecinos que todo lo envolvían: la niebla le recordaba su edad pasada, la nube de polvo que en los combates ciega hasta arrancar lágrimas.

Las noches de tormenta, aquel gran decrepito estremecía-se de gozo, y abandonando los ensamblados aposentos, íbase á la torre, y allí extático, con los brazos cruzados al pecho y la mirada fija, veía abrirse las negruras del horizonte, arrojando á la tierra en culebreante vertiginosidad lumínica el rayo, y sin que los relámpagos que iluminaban con deslumbradora y rápida fosforescencia la atmósfera, le hicieran cerrar los párpados. El tableteo del trueno, era para él deliciosa algarabía de victoria guerrera. Bien podían los medrosos vasallos arrebujarse con las ropas de la cama para no escuchar el fragor tempestuoso; su amo y señor, como el espíritu del mal, permanecía de pie en lo más alto del castillo — sombrío vigía del valle, — con los brazos cruzados al pecho, la vista de águila sondando la inmensidad, mientras que el viento huracanado soplabá reciamente, silbando hórrido por entre el bosque, haciendo estrellar unas contra otras las cimas de los árboles brutalmente sacudidas, batiendo con furia las paredes del castillo y azotando de continuo los canosos mechones de la cabellera del castellano y los enmarañados hilos de su lengua barba. Mientras, la lluvia torrencial caía sobre el valle y empapaba la negra túnica de Juan León.

El tiempo deslizábase monótono en el interior del castillo. La gente de armas ejercitábase en sus interminables ocios en la caza: los más jóvenes abandonaban ésta por el amor: un amor salvaje, que no respetaba nada y era conquistado por la fuerza, amparado por el señor feudal, propicio siempre á perdonar los crímenes que pudieran cometer sus pecheros: los más viejos jugaban á los dados, y muchas veces el puñal intercedió en favor de alguna jugada malamente hecha al agitar el cubilete.

IV

El hastío determinó en Juan León una ansia horrible: tiranizó á sus vasallos hasta el punto de que todos, cuando veían cruzar á su señor por el valle,

temblaban de espanto, barbotando contra él una maldición.

En pasados tiempos gozó la comarca de una paz octaviana: ahora veíase agitada, convulsa, como víctima aherrojada sobre la cual pendiera un hacha pronta á herir. Impuestos onerosos, vejaciones crueles, tremendos castigos: no había mujer segura de su honra ni hombre libre: muchos días amanecieron colgados de las almenas algunos pobres diablos que

gar de ser amo de miserables aldeas lo hubiera sido de Roma, seguramente que plagiaría al hijo de Agripina volviendo á incendiar la ciudad santa.

De todos los ámbitos del valle subía al cielo en son de súplica un gran clamoreo. Los horrores del tirano habían llegado al *summum* de crueldad.

«El diablo se había personificado en Juan León.» Esto es lo que murmuraban con la boca pegada al oído los infortunados montañeses.

V

Juan León se acostó en su espléndido lecho para no levantarse más.

El tirano estaba herido de muerte.

Un abad, viejecito, con cara de cera, rugosa, auxiliaba espiritualmente al señor feudal en su agonía.

— Di, padre, preguntó el enfermo fijando en el monje sus ojos casi vidriados, ¿crees tú que después de muerto se acordarán de mí?..

— Sí, por el daño que has cometido.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en la descarnada fisonomía del castellano.

— Es decir, que lo que tú llamas mis maldades harán para siempre famoso mi nombre?..

— ¿Para siempre? ¡No!.. El recuerdo del mal pasa. Sólo el del bien es perdurable.

— ¡Bah!, replicó despreciativamente Juan León. Eres un pobre hombre, padre.

— Respétame en tu hora postrera y atiende hijo, indicó con mansa y dulce voz el padre. Á los que en el mundo hicieron mucho bien se los recuerda siempre y pasa su nombre de generación en generación... El árbol sano que presta al caminante su sombra, es recordado por éste con agradecimiento. El árbol podrido, á quien los gusanos corroen el tronco, aleja al viandante.

Hizo una pausa corta y prosiguió:

— Tu soberbia, tus crímenes rodearán tu nombre de sangrienta aureola que se extinguirá pronto... Si alguien te recuerda, será con la misma repugnancia que el caminante al árbol desprovisto de ramaje, cuajado de gusanos.

Más duran las flores del campo, humildes, que el nombre de los príncipes de la tierra. Estos quedan convertidos para siempre en polvo; aquéllas, por el contrario, todos los años se renuevan y todos los años lucen sus galas y perfuman el ambiente...

VI

Cientos de años han transcurrido.

El castillo feudal ha desaparecido y el nombre de Juan León nadie lo recuerda, ni nadie, en fin, sabe siquiera su existencia.



Mme. Severine, retrato de Amelia Beauvy-Saurel
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1894)

no cometieron otro delito que el de cruzar alguna tierra, propiedad del señorío.

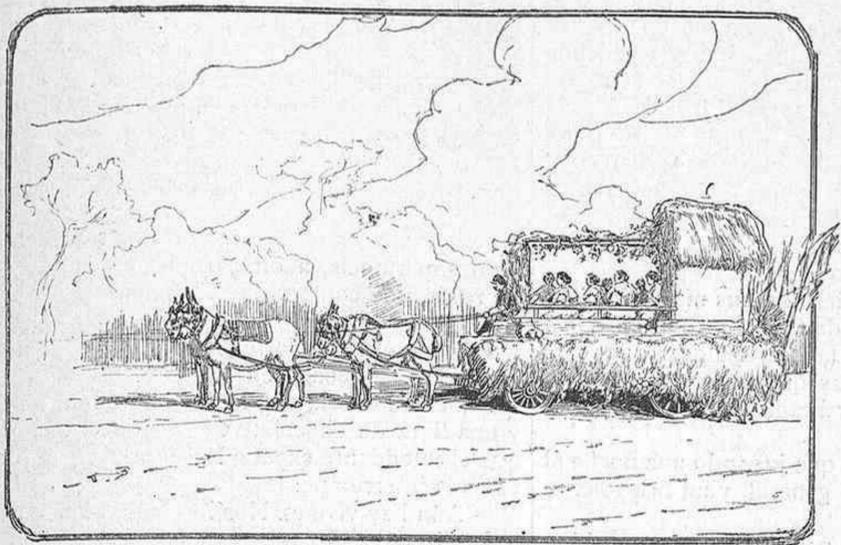
Así transcurrieron los años.

Juan León extremaba infernalmente con los pobres vasallos sus instintos de hiena: el terror atajaba en todos los labios la censura y paralizaba los medios de defensa. Era el lobo hambriento que exterminaba á su sabor en el aprisco á un rebaño de borregos.

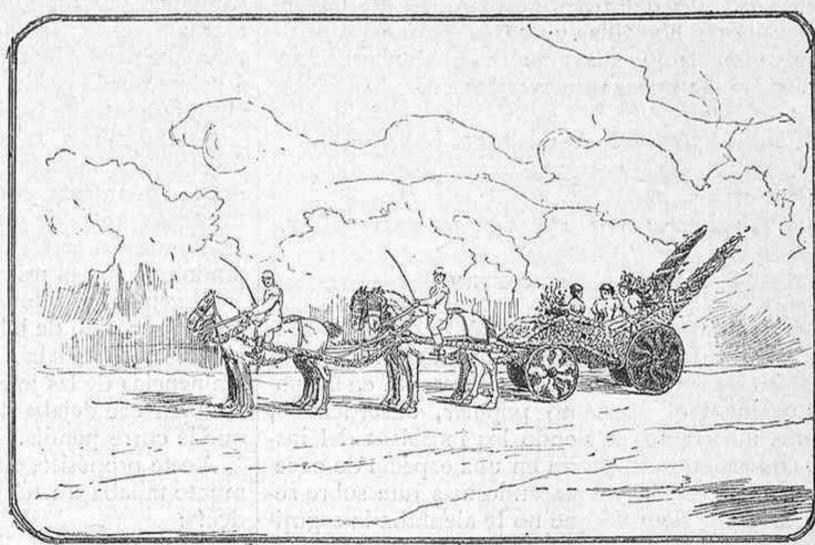
Juan León, al presentir cercana la muerte, tuvo un extraordinario prurito: quiso antes de abandonar el mundo, dejar en él un recuerdo que perpetuase su memoria, y á este fin dedicó sus postreras energías; dióse á discurrir de qué forma legaría su nombre, y después de mucho pensarlo advirtió que Nerón lo legó por sus horripilantes fechorías... ¡Ah! Si él en lu-

pugnancia que el caminante al árbol desprovisto de ramaje, cuajado de gusanos.

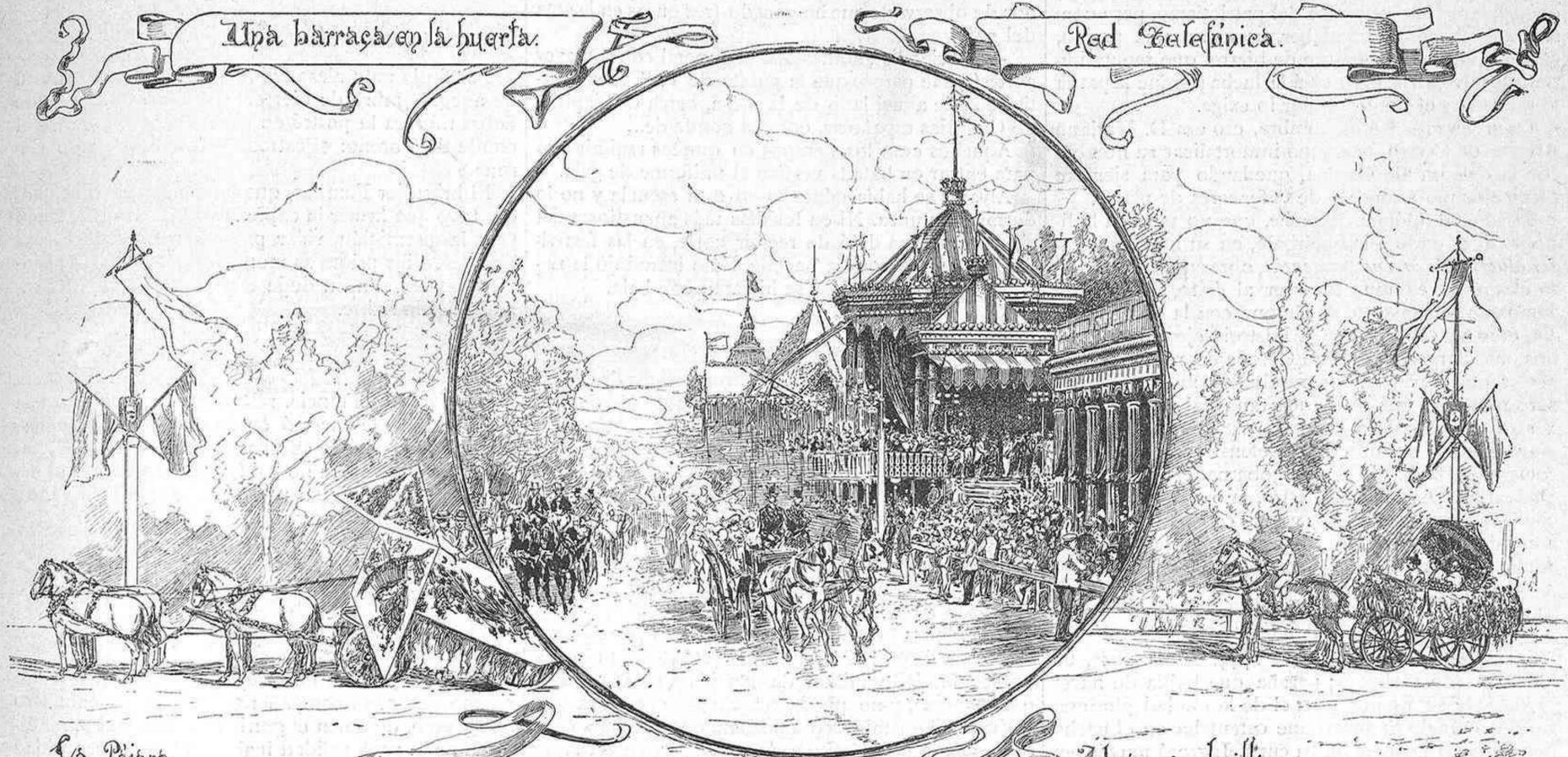
Más duran las flores del campo, humildes, que el nombre de los príncipes de la tierra. Estos quedan convertidos para siempre en polvo; aquéllas, por el contrario, todos los años se renuevan y todos los años lucen sus galas y perfuman el ambiente...



Una barraça en la huerta.



Red Telefónica.



La Pájara
de papel.

La Pista en el Real de la Feria.

Una sombrilla
abierta.



Condola uespiciáná del siglo XIV.



Carroça Luis XV.

Batalla de flores celebrada en Valencia durante la última feria, dibujos de F. Vizúete, tomados de fotografías de D. A. García

En cambio, en la meseta cuajada de árboles, de florecillas y pensamientos, destruidos para levantar el soberbio castillo del tirano, brotan hoy día nuevos árboles, nuevas florecillas y nuevos pensamientos de variados matices que suavemente se balancean al ser azotados por las brisas primaverales...

ALEJANDRO LARRUBIERA

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

ÁLVAREZ DE CASTRO

Todo lo contrario que el cura Merino era D. Mariano Álvarez de Castro. Aquél, inspirado por el odio y el deseo de vengar un ultraje, representa en la epopeya nacional el elemento popular, desordenado, ardiente, incorrecto, siguiendo los impulsos del instinto, convirtiendo la guerra en una especie de cacería en grande escala, no atacando más que sobre seguro, huyendo siempre que no le alentaba la seguridad del triunfo: éste, severo, frío, impasible, estoico, obedeciendo los estímulos del patriotismo, pero considerándolo como un deber, no como una pasión, carácter inflexible, hombre de hierro, que reputa imposible la victoria, pero va a la lucha porque la patria lo reclama y el honor militar lo exige.

La ordenanza hecha hombre, eso era D. Mariano Álvarez de Castro, que supo inmortalizar su nombre con la defensa de Gerona, quedando para siempre como ejemplo y modelo de defensores de plazas.

El general Gómez Arceche, que no prodiga la lisonja, ni es dado a la hipérbole, en su libro intitulado *Guerra de la Independencia*, obra en que por cierto el mérito es muy superior al éxito, después de comparar la catástrofe de Gerona con la de Numancia, escribe: «Presentará la Historia ejemplos de sitios más largos que el de Gerona de 1809, de peripecias más variadas, de resultados más indecisos, pero nunca de una resistencia tan igual ni tan activa. Y si, al celebrarse la de otras plazas de guerra de muy superiores condiciones defensivas, ha llegado a compararse la acción de sus gobernadores con la de D. Mariano Álvarez de Castro, la opinión y la ciencia se han escandalizado, y una carcajada inmensa, aturdidora, ha sido la respuesta a los ignorantes o aduladores que la provocaron.»

* * *

Había nacido en Osma en 1749. Tenía, pues, 60 años cuando realizó la hazaña que había de hacer perdurable su nombre con el de la ciudad gloriosa. La roja cruz de Santiago que ostentaba en el pecho demuestra la nobleza de su cuna. Ingresó muy joven en el ejército sirviendo en el arma de infantería, distinguiéndose en la guerra del Rosellón, y cuando los franceses entraron como amigos en Barcelona, que les abrió confiadamente sus puertas, llevaba en la bocamanga el entorchado de brigadier y era gobernador del castillo de Monjuich.

Conocida es la traición del general Duhesme para apoderarse de los fuertes. Con pretexto de revistar algunos batallones en la explanada de la ciudadela, el general Lechi se metió en el puente levadizo, seguido de las primeras compañías del batallón de vélites, las cuales arrollaron al centinela, y sin dar tiempo a la guardia, compuesta de veinte soldados españoles, para tomar las armas, penetraron en la fortaleza.

En Monjuich pretendieron hacer lo mismo. Pero Álvarez, al ver aproximarse al general Milossevitz con numerosas fuerzas, mandó cerrar las puertas y puso en actitud defensiva su escasa guarnición. Intimóle el francés para que le permitiese la entrada, negándose él rotundamente, mientras no recibiese orden formal y categórica. Acudió entonces Duhesme amenazando con atacar a viva fuerza; pero viendo inquebrantable al gobernador, apeló al general Ezpeleta, capitán general del Principado, el cual, según dice en su parte, le hizo dueño del fuerte «para evitar la conmoción popular y por no tener el castillo provisiones de boca ni de guerra.»

Comenzada poco después la guerra, hizo una lucida campaña en el Ter y el Fluvia, y ascendido a mariscal de campo, obtuvo el gobierno de Gerona.

* * *

No pretendemos hacer historia, sino pintar caracteres, escribiendo semblanzas de aquellos varones ilustres, que tan alto pusieron el nombre español en los comienzos de este siglo.

Álvarez de Castro era uno de los restos de aquel ejército que ganó gloria inmortal en el Rosellón a las

órdenes del general Ricardos, a quien no faltó más que la fortuna para figurar al lado de los primeros capitanes del mundo, y en el Norte, regido por el marqués de la Romana, supo llevar a cabo una hazaña que parece increíble, reembarcándose y viniendo a pelear por la patria, precisamente cuando se le exigía juramento de fidelidad al intruso José I.

Ceremoniosos, caballerosos, cultos en su trato, finos en sus modales, aquellos militares podían competir dignamente con los nobles franceses que en Fontenay, antes de cruzar las armas con los ingleses, les saludaban cortésmente sombrero en mano, invitándoles a dar el primer golpe.

El general Córdova refiere en sus memorias íntimas haber oído de labios de Castaños que en aquel ejército se guardaban con tal escrupulosidad las preeminencias de las jerarquías, que ni en los actos más familiares se dejaba de dar a cada uno el tratamiento que le correspondía.

A este propósito, cuenta que jugando una noche al monte tallaba un teniente general, y un brigadier le decía:

— Excmo. Sr., V. E. me permitirá que tenga el honor de observarle que he ganado tres onzas en la sota del gallo.

— Sr. brigadier, contestaba el general con la mayor cortesía, me parece que la puesta de V. S. la verá satisfecha de aquel lado de la mesa, cerca del capitán de Guardias españolas, coronel conde de...

Aquellos eran los tiempos en que los regimientos para entrar en batalla vestían el uniforme de gala.

Álvarez se había educado en esta escuela y no lo desmintió nunca. Ni en los días más angustiosos del sitio de Gerona dejó de recibir corte, en las festividades en que cumplía hacerlo. Sólo introdujo la novedad de que las salvas se hicieran con bala.

* * *

La personalidad de D. Mariano Álvarez de Castro se resume y compendia en la defensa de Gerona.

Y la defensa de Gerona, así como el carácter de su glorioso gobernador, se retratan en este bando que publicó al comenzar el sitio, y reprodujo dos ó tres veces, a medida que apuraban las circunstancias:

«En nombre del Rey, el Sr. D. Fernando VII, impongo pena de la vida, ejecutada inmediatamente, a cualquiera persona, sea de la clase, grado ó condición que fuere, que tuviera la vileza de proferir la voz de rendición ó capitulación.»

Cuando un hombre de las condiciones de Álvarez dicta una disposición semejante está dicho todo. La población civil y militar de una plaza sitiada sabe a qué atenerse, y no puede tener más esperanza que rechazar al enemigo, cosa poco menos que imposible si no acude un ejército de socorro, ó perecer entre las ruinas de sus fuertes.

Hay que decir en honor de los gerundenses y de los heroicos soldados que formaban la guarnición, que no tuvo necesidad de aplicar la terrible pena de su famoso bando; pero nadie podía dudar de que en caso de necesidad la hubiese aplicado. El día 5 de mayo de 1809 comenzó el memorable sitio, presentándose delante de la plaza el general Reille, a quien pocos días después reemplazó en el mando Verdier. A pesar de que los franceses habían experimentado ya en los sitios anteriores verdaderos descabros, atendiendo únicamente a las condiciones defensivas de la ciudad de San Narciso, la consideraban una bicoca, y una bicoca era efectivamente desde el punto de vista técnico. Pero en aquella bicoca había un hombre que, hecho desde el primer momento el sacrificio de su vida, estaba resuelto a inscribir su nombre en la tabla de la Historia, donde están inscritos los de los héroes más famosos de la antigüedad, y por eso los ejércitos que por de pronto desdénaron poner un sitio en regla, hubieron al fin de formalizarlo, atacando una por una las menguadas fortificaciones y abriendo brechas en las débiles murallas y dando asaltos que fueron siempre rechazados y renunciando por fin a entrar a viva fuerza en aquel montón de escombros, convirtiendo el sitio en bloqueo para dominar por el hambre a los que era imposible vencer por el hierro y el fuego.

Empresa de cuatro días creyó Saint-Cyr, cuando acudió en persona a tomar parte en el sitio, que era la toma de Gerona, diciendo al salir de Barcelona, parodiando a Julio César: «El 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26 y el 27 la arraso.» Más de siete meses, desde el 5 de mayo hasta el 12 de diciembre, necesitó para ser dueño de unas ruinas humeantes que recordaban las de Numancia y Sagunto, por donde discurría demacrado y moribundo un pueblo de espectros.

* * *

En cuanto al general Álvarez, mostróse siempre el mismo.

Ya estaban medio destruidas las fortificaciones, cuando recibe un parlamentario portador de proposiciones para capitular. Hácele conducir a una de las baterías, y al mismo tiempo que le quita el pañuelo que, según costumbre, cubre sus ojos, manda romper el fuego a las piezas que no estaban desmontadas, diciendo al emisario:

— El cañón lleva ya mi respuesta a vuestro general.

Pregúntale un jefe, a quien confía una comisión de gran importancia, adónde se ha de retirar en caso de revés, y le contesta lacónicamente:

— Al cementerio.

Cuando el tifus diezmaba a militares y paisanos y el hambre se cebaba en todos, hasta el extremo de que un ratón costaba 5 reales de vellón, un gato 30 y una libra de chocolate 64, celébrase una junta en que el intendente expone la penuria de la plaza. Álvarez le interrumpe:

— Aún hay víveres. Nos lo comeremos a usted y a todos los cobardes.

* * *

Por fin la naturaleza fué más débil que el espíritu de aquel hombre de hierro. Un violento ataque de fiebre tifoidea le postró en el lecho, y como dice el conde de Toreno: «Postrado Álvarez, postróse Gerona.»

El brigadier Fournas, que le reemplazó en el mando, tuvo que firmar la capitulación, y Álvarez, como toda la guarnición, vióse prisionero de guerra, cosa de que en los primeros momentos no se daría cuenta, suponiéndola sin duda efecto del delirio ocasionado por la fiebre.

* * *

Conducido a Francia, restablecióse de su dolencia y entonces se le encerró en el castillo de Figueras, donde fué asesinado en una cuadra.

Los franceses que no habían sabido vencer al héroe, tampoco supieron respetarle. No fueron vencedores y se hicieron verdugos.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

LA PALOMA MENSAJERA

Hubiese preferido ir solo; pero, en fin, casi era lo mismo llevar por compañero de viaje a un caballero alto y seco, de quien el gorrito escocés y el *plaid* dijéronme la nacionalidad inglesa con tanta seguridad como sus patillas rubias y el monóculo engarzado en oro que sostenía delante del ojo izquierdo. Decidíme, pues, abrí la portezuela, le saludé, me contestó inclinando correctamente la cabeza, y en seguida trasladé a las perchas mi maleta y la jaula de las dos palomas que traía de Sevilla por encargo de uno de esos amigos que siempre tienen algo que encargar.

El tren se puso en marcha. Saqué un libro, el *Don Juan*, de Byron, cuyo retrato ostentaba la cubierta, y apenas había empezado la lectura, cuando precisamente al cruzar nuestro coche sobre las plataformas, el estampido de un pistoletazo me hizo brincar en el asiento: la jaula cayó a mis pies; una paloma yacía muerta, bañada en sangre.

El inglés, con el arma que acababa de disparar en una mano y con el gorro en la otra, se me acercó diciendo en español muy aceptable:

— Caballero, perdone usted; he muerto a esa paloma, y estoy pronto a indemnizarle.

Aturdido por el suceso, y medio asfixiado por el humo, permanecí buen trecho sin responder. Luego me levanté dispuesto a tirar al inglés por la ventanilla...

— Ahí tiene usted, caballero, continuó él tratando de ponerme entre las manos un portamonedas repleto de oro; dispéñeme; ha sido un capricho, una obcecación...

— Pero ¿qué diablos hacían mis palomas?, prorrumpí yo al cabo lleno de ira. Eso es una atrocidad, señor mío; una atrocidad de que usted se servirá darme explicaciones.

Sin duda el inglés no deseaba otra cosa, porque guardando la diminuta pistola y encasquetándose el gorro, sacó una tarjeta y me la entregó diciendo:

— Una de sus palomas, ésta, la de la garganta negra, me ha recordado a otra igual de quien es entera la culpa de mis penas. La miré, y me volví loco; no sé qué he sentido, pero tuve verdadera precisión de matarla. Dispéñeme usted, caballero; en cambio le ofrezco cuanto valgo; y puesto que, con lo dicho solo,



REGRESANDO DE LA FUENTE, cuadro de Andrés Solá y Vidal
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1894)

no queda bien disculpada mi extraña conducta, permítame que le cuente una breve historia, que puede darle alguna razón para excusarme, al propio tiempo que la prueba de mi empeño por ser amigo de usted, pagándole del único modo posible.

William Brassey leí maquinalmente en la cartulina, vacilando entre arrojarla al rostro de su dueño ó hacerla pedazos; mas, siempre serio y amable el inglés, tomó asiento ofreciéndome un cigarro. Con tales extravagancias desorientado, concluí por sentarme junto á Mr. Brassey, y acepté entonces el cigarro de modo tan pasivo como poco antes había tomado la tarjeta.

El ruido del tren, afortunadamente, debió de impedir que el disparo fuese oído, y nadie acudió por lo mismo á molestar á mi compañero; el cual dió comienzo á la prometida historia en la forma que sigue:

«Allá en mi juventud, cuando la primera vez dejé á Inglaterra para ir á Italia (y perdone, pues veo ese libro, que empiece así) — y señaló el *Don Juan*, — confieso que este país, de costumbres completamente opuestas á las del mío, me causó impresión desagradable. A Roma llegaba yo desde una insignificante y aburrida ciudad irlandesa; esto es, con el sentimiento por nacer; á Roma llegaba desde otra Roma que un maestro y los libros me mostraron; es decir, con el clasicismo por juicio; pero el corazón despertó bien pronto ante la belleza de las estatuas vivas de Italia. Lord Byron, el portentoso genio de la ironía, me hizo caer en ella tan luego como un amor mal buscado y peor sentido me lanzó en pos de otros amores, ya sin más norte que la sensualidad y el escepticismo.

»Estuve en Italia cinco años, y de Italia me llevé una falsa idea del amor. La fatal experiencia adquirida me dió una pauta para juzgar, sin excepciones, á la mujer, y salvo triviales diferencias de carácter y educación, todas me parecieron iguales; por lo que detesté la insulsa gravedad de las inglesas, antojándome antes que virtud hipocresía, y me aficioné de rechazo al tipo expansivo y alegre, que luego torné á encontrar en Francia y en España.

»Transcurrieron diez años; y cuando la agitación de una vida, aunque no escandalosa, aventurera, iba venciéndome y condenándome al fastidio (y es de advertir que hasta en pleno Londres, donde yo desempeñaba la jefatura de policía, continuaban las mujeres pareciéndome tan escasas de virtud como en Italia), hube de salir un verano á Suiza, y el destino me puso delante á Vera Galuzoski, una jovencita rusa, rubia y como una perla de linda.

»La conocí en una excursión por el Monte-Blanco, y aquella noche, al sentarme á la mesa del hotel, vi con inmensa alegría á la preciosa miniatura — porque era pequeña, monísima, — que dijera un andaluz — frente á mí, junto á un caballero á quien tomé por su padre y supe después que era su tío.

»Una mañana, habiéndome levantado al amanecer para contemplar el espléndido cuadro de la salida del sol tras los aéreos picachos de los Alpes, hizo la casualidad que la joven rusa con su tío y yo nos encontrásemos; y como nos dirigáramos al mismo punto, caminamos unidos. Principiamos á ascender; la nieve, derretida en algunos sitios, nos obligaba á avanzar con precaución. A la mitad de nuestro paseo, el *alpenstock* de mi encantadora amiga, introducido en una profunda grieta del hielo, se rompió en dos pedazos.

»Vera quedaba sin apoyo, y había peligro en mover un solo pie sin tantear el suelo; no obstante, lejos de afligirse por esto, lanzó una breve carcajada, y con el candor é ingenuidad de sus diez y siete años, me tomó del brazo, rogándome que fuera su guía. Así nació entre ambos una dulcísima intimidad, que había de aumentarse en lo sucesivo.

»En efecto, mientras la simpatía hacia mí iba creciendo en Vera, despojábase poco á poco de sus violencias la pasión que me inspiró bruscamente, hasta quedar convertida en amor tranquilo, verdadero; amor que me forzaba á respetar á una chiquilla, fomentado por su alma virgen y seductoramente sostenido por su belleza y su ingenio. Unía Vera á un sentimiento exquisito del arte, espíritu alegre y talento clarísimo. Hablaba el francés, lengua en que nos entendíamos, y solía recitarme versos, que por tomar de su boca la dulzura y de su gracia infantil lo picaresco, se me figuraban siempre delicados epigramas. En suma,



ROSALÍA, cuadro de Juan Brull
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

guapa, virtuosa y alegre, Vera simbolizaba la mujer agradable, y tanto me lo pareció, que dos meses después pedí al tío la mano de Vera, y me casé, loco de orgullo y tan sorprendido de haberla encontrado, como pudiera estarlo un zoólogo maniático que debiese al azar el hallazgo del ejemplar único de especie animal antediluviana.

»Una vez efectuada la boda, el tío de Vera se partió á su país, dejándonos entre las rosadas nubes de una dicha comparable á un sueño.

»Abandonamos al fin la Suiza, y volví en seguida á Londres con mi adorada mujer; el brumoso cielo del Támesis me parecía más bello.

»Vera continuaba siempre niña, siempre ingenua y sencilla, cautivándome siempre y haciéndome su deudor de mi vida, pues me parecía haberla empezado de nuevo, ó mejor, no haberla empezado hasta entonces...

Incluso los más intransigentes de mi familia en punto á linajadas preocupaciones, los que recibieron fríamente sorprendidos mi enlace con la sobrina de un oscuro traficante de Varsovia, sin barras ni roeles, acabaron por perdonar la humilde cuna de Vera en tributo á su distinción, su talento y su bondad insólitos...

(Al llegar aquí, Mr. Brassey, conmovido, guardó silencio. Curioso yo por saber qué relación pudiera todo aquello tener con mis palomas, no dije una palabra.)

«Hago á usted gracia, amigo mío — continuó, dominándose en seguida, — de toda la narración de mis pérdidas alegrías; ni importan al caso, ni impunemente me es dado recordarlas en el infortunio. Voy, pues, á concluir.

»Vera y yo solíamos pasar algunas temporadas en mi castillo de Rochester. Cuatro años habían volado, y aún la más leve sombra de pena no empañaba el cristal purísimo de nuestra existencia. Como siempre, en la época oportuna pedí licencia para abandonar mi cargo, y nos trasladamos al campo. Vera paseaba conmigo, cantaba, leía, y alguna que otra vez me acompañaba á caza. Paso entre mis amigos por diestro tirador, y á fin de perfeccionarme dedicaba grandes ratos al tiro de bala, con el cual objeto me instalaba junto á un lago, donde á discreción podía derribar sinnúmero de ánades y patos.

»Una tarde, tras de disparar con fortuna á grandísima distancia sobre algunas aves, en lo alto del cielo vi un punto blanco, imperceptible casi, y traté de apurar la prueba de mi habilidad y de la precisión de mi rifle. Apunté cuidadosamente. Hice fuego. Poco después, con la violencia de una piedra, cayó á tres pasos de mí una paloma agujereada por el balazo.

»¡Era una paloma mensajera! Tenía sujeta al cuello una bolsita de tela negra; se la arranqué, la des hice y...

»Tome usted, caballero — prosiguió el inglés, abriendo una cartera y entregándome una fotografía del tamaño de un medallón; — es el retrato de *mi mujer*: una de las dos cosas que dentro de la bolsita negra conducía la paloma.»

(Le contemplé lleno de asombro. Según lo dicho por Mr. Brassey, aquel retrato representaba una espiritual jovencita de celestes ojos y dulcísima expresión.)

«La otra — añadió con voz intensamente emocionada — este papel, escrito en ruso, que dice así: «Urge que os comuniquéis con Vera Galuzoski. Tened en ella confianza absoluta. Vera, cuyo retrato enviamos, mató en 1879 de una puñalada al general Koln, en servicio de la causa: se necesitan detalles del hecho. Casada con el jefe de policía de Londres, os indicará el punto mejor para imprimir un periódico.»

Al oír tal, miré á Williams Brassey en el colmo de la admiración.

— ¿Vera? ¿Este ángel?, pregunté sin poder contenerme.

— Yo estuve casado con una espía nihilista, terminó el inglés con aterrado acento; con una criminal inverosímil, deslizada en mi corazón y en mi hogar para tener á sus amigos al tanto de la acción de la policía de Londres, donde eran impresos los periódicos que luego se repartían profusamente en los Estados del czar. Yo mismo la entregué á la justicia, y sesenta días más tarde... ahorcaron á Vera Galuzoski en Moscú.

FELIPE TRIGO



EL RESERVISTA, cuadro de Antonio Coll y Pi
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



EL JINETE DEL DESIERTO, grupo colosal de Jorge Vastagh (hijo)



CABEZA DE ESTUDIO,
copia del cuadro de Raimundo de Madrazo

NUESTROS GRABADOS

La Anunciación, cuadro de José M.^a Tamburini (Salón Parés). — El precioso cuadro *La Anunciación* es una de las obras más delicadamente sentidas del distinguido pintor catalán José María Tamburini, quien dentro del concepto místico ha sabido dar vida y sentimiento á la composición, sin perder su carácter, antes al contrario, conservando esa delicadeza que tanto admiramos en las obras de los grandes maestros.

No en balde goza Tamburini de justa reputación en el mundo artístico. Los triunfos alcanzados en varias exposiciones y concursos, sus innumerables obras de género, históricas, religiosas y decorativas, demuestran que en él existen cualidades nada comunes, y que su nombre figura dignamente en el número de los artistas que honran al arte español.

La obra de que nos ocupamos podrá parecer á algunos un tanto idealista; pero entendemos que este concepto, que ha sabido representar el artista, constituye la nota saliente de su producción.

Buena presa, cuadro de Juan Baixas (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Tan modesto como discreto, es Juan Baixas uno de los pintores que honran el arte de nuestra región. Sus primeros pasos, sus primeros ensayos significan ya triunfos para el artista, puesto que fué el primero á quien se concedió el premio instituido por la Diputación provincial, que utilizó provechosamente visitando nuestro incomparable museo del Prado, y estudiando en la capital de la vecina República los grandes maestros del arte moderno.

El lienzo que reproducimos es buena muestra de las cualidades que residen en el joven pintor catalán. Adivinase, desde luego, su espíritu observador y la facilidad para amasar en su paleta esa variadísima escala de tonalidades que la naturaleza ofrece. Juan Baixas pertenece á la escuela modernista, pero rehuye la exageración de escuela, ajustándose á lo que acusa el natural.

La merienda, cuadro de Juan Pinós (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Juan Pinós, ó mejor dicho, sus obras, son brillantes manifestaciones de la escuela ruralista que con él cultivan con aprovechamiento los hermanos Vayreda y Galwey. Y si bien no es la que cuenta con más fieles prosélitos, preciso es confesar que cabe á Olot, en donde tuvo origen y asiento, la gloria de haberla creado. Las producciones de la montañesa escuela hanse distinguido siempre por su habilidad en fijar en el lienzo los brillantes tonos, la frescura y vida de la naturaleza, que allí se presenta jugosa y exuberante.

El cuadro que reproducimos es una bella composición, bien estudiada y discretamente ejecutada, á la que con justicia ha recompensado el Jurado de la última exposición otorgándole un premio honorífico.

Mme. Severine, retrato de Amelia Beaury-Saurel (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Si bien todas las obras de la distinguida artista francesa Amelia Beaury-Saurel que figuraban en la última Exposición de Bellas Artes de nuestra ciudad recomendábanse por su indiscutible mérito, descollaba entre ellas el magnífico retrato de Mme. Severine, en cuya frente adivinanse sus ensueños, sus utopismos sociales, en abierta lucha con los sentimientos de delicadeza y con la distinción ingénita de su espíritu. En esta obra más que en otra alguna revélase el temperamento excepcional de esta artista, que se manifiesta por medio de contrastes que determinan admirables efectos: la delicadeza femenina asociada al varonil esfuerzo; la tonalidad sentida, con el trazo vigoroso y enérgico.

La obra que reproducimos debiera guardarse en un museo, pues es verdaderamente magistral. Justa, pues, nos parece la distinción que mereció del Jurado calificador de la finida Exposición de Bellas Artes.



EL MINISTRO DE HACIENDA COREANO PAK-CHU-YANG en traje de corte (de fotografía)

La batalla de flores en Valencia. — De grande cuanto merecida notoriedad gozan las fiestas que con ocasión de su feria celebra todos los años la ciudad de Valencia. Entre los varios festejos descuella indudablemente la batalla de flores, que aunque de procedencia extranjera se ha aclimatado allí tan ad-



LI-HUI, rey de Corea (de fotografía)

mirablemente que hoy pueden tomar de ella modelo las mismas poblaciones de donde Valencia hace poco la importara. ¿Y cómo no?, diremos copiando la frase que ha vulgarizado una popular zarzuela. ¿Cuántas ciudades pueden competir con aquella en abundancia y variedad de flores y en número de mujeres hermosas? Agréguese á estos elementos naturales el ingenio de los artistas que en Valencia tanto abundan, el gusto exquisito de cuantos en la fiesta toman parte y el entusiasmo que á los actores y á los espectadores domina, y se comprenderá que la batalla de flores valenciana resulte un espectáculo admirable y al propio tiempo indescriptible. Algo procuraremos, sin embargo, decir de la fiesta de este año. Veinte fueron los carruajes que acudieron á la batalla, y en la imposibilidad de describirlos y reproducirlos todos, publicamos los que más llamaron la atención: *Una barraca en la huerta* ocupábanla varios jóvenes y ocho lindas labradoras, Encarnación Cerdá, Pepita Masini, Francisca Gallego, Julia Falomir, Milagro Seguer, Concepción Forteza, Salvador Valero y María Higón; la *Red telefónica*, adornada principalmente con dalias blancas, estaba ocupada por cuatro bellas telefonistas; iban en la *Pijara de papel* el pintor Sr. Arnedo y otros distinguidos jóvenes valencianos; la *Sombrilla abierta*, cuya tela estaba formada por dalias blancas y encarnadas, cobijaba á cuatro hermosas labradoras de aquella huerta; tripulaban la *Góndola veneciana* la señora viuda de Fontanals, su hija Emilia, la baronesa de Benidoleig y María Grande; y finalmente, en la *Carroza Luis XV* lucían su belleza y su elegancia Florita Peris Mencheta y Guix, María y Regina Burriel y María Lleó, ataviadas con lindos trajes y valiosas alhajas de la época. Para terminar esta breve descripción diremos que en la batalla de flores se dispararon aproximadamente 136.000 ramos: con este detalle podrán formarse nuestros lectores idea de la brillantez que tuvo aquella fiesta en Valencia y del ardor que animó durante la lucha á los combatientes de ambos sexos.

Regresando de la fuente, cuadro de Andrés Solá y Vidal (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — El género llamado ruralista es el en que se ha distinguido el pintor D. Andrés Solá, quien para estudiar con mayor provecho las costumbres de nuestros labriegos, reside constantemente en uno de los pueblos más típicos y pintorescos de la provincia de Barcelona. Todos sus lienzos reproducen con facilidad escenas, costumbres y faenas campestres, interpretadas con singular acierto, ya en la buena disposición de las figuras, ya por su tonalidad, que patentiza el concienzudo estudio del natural.

El interesante grupo que ha servido de tema al artista para ejecutar el cuadro que reproducimos es exacto, puesto que cuantos hayan recorrido la región montañosa de Cataluña, habrán podido ver y observar cuadros tan interesantes como el que hoy figura en estas páginas.

Rosalía, cuadro de Juan Brull (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Quienes esta revista lean recordarán con el nombre Juan Brull un cuadro que revela grandes alicentos, cuya copia reproducimos recientemente, titulado *La tonsura del rey Wamba*. Obra del mismo artista es la preciosa cabecita cuyo grabado figura en estas páginas, altamente recomendable por la delicadeza y finura de color, siendo una de las producciones en que más se manifiesta el modo de ser de este pintor que siente el arte y goza del beneficio de saber ejecutar en el lienzo cuanto siente y concibe, por modo tan simpático y delicado, que atrae y cautiva cuanto produce.

Rosalía ha sido premiado por el Jurado y adquirido por el ayuntamiento para figurar entre las obras que constituyen el ya notable é interesante Museo municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad.

Reservista, cuadro de Antonio Coll y Pí (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Ha poco nos complacimos en publicar uno de los dos cuadros que bajo el título de *Extraviada* presentó este joven cuanto laborioso artista en la finida Exposición de Bellas Artes de Barcelona. Hoy reproducimos el segundo cuadro, observándose en uno y otro los caracteres de verdad que revelan siempre todas las producciones estudiadas del natural. De sencillo asunto, casi trivial, el de que hoy nos ocupamos recomiendase por haber sabido el Sr. Coll imprimir ese algo que germina en el corazón del artista, dando á sus cuadros cierto encanto que interesa. El joven soldado que se ve obligado á ingresar nuevamente en las filas, las jóvenes que acogen sonrientes y bulliciosas sus ocurrentes palabras y hasta el taller en que se desarrolla la escena constituyen una nota simpática y agradable.

El jinete del desierto, grupo colosal de Jorge Vastagh. — El autor de este grupo cuenta en la actualidad veinticinco años, es hijo del famoso retratista húngaro y hermano del no menos célebre pintor de animales Geza Vastagh. Ha sido discípulo del insigne escultor Jorge Zala, completó sus estudios en la Academia de Munich, en donde modeló el hermoso grupo *Leones en acecho* que publicamos en el número 626 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y después de un viaje de estudio á París regresó á su patria. Su primera obra fué entonces la que reproducimos, y cuyo original, además de las bellezas plásticas de primer orden que en él se admiran, tiene el atractivo de estar magníficamente pintado. *El jinete del desierto* fué una de las esculturas más ensalzadas de la exposición celebrada en Budapest en el otoño último. La Sociedad de Artes plásticas ha otorgado á Vastagh el premio de 1.000 florines, instituido por el conde Tibor Karolyi «para recompensar una obra pictórica ó escultórica notable y propia para decorar un salón elegante.» La obra premiada fué adquirida por el emperador de Austria para sus habitaciones particulares. Actualmente ocúpase Vastagh en el proyecto que se propone presentar en el concurso anunciado en Budapest para levantar un monumento al rey Matías Corvinus.

Cabeza de estudio, cuadro de Raimundo Madrazo. — Digno continuador de la dinastía artística que á fines del pasado siglo fundara D. José Madrazo y Agudo, pintor de cámara de Fernando VII, y continuada por D. Federico, cuya reciente pérdida llorará mucho tiempo el arte español, es Raimundo Madrazo, cuya fama especialmente como retratista ha sido universalmente sancionada. Su estudio del faubourg de Saint-Honoré, en París, recuerda el del inolvidable Fortuny, y todo en él anuncia al pintor de la juventud, de la belleza, de la elegancia. La cabeza de estudio que reproducimos revela la técnica magistral de Madrazo, pero además se ve en ella el alma que anima aquel gracioso cuerpo y que se transparenta en la expresión de los ojos y de todo el semblante, en la cual fácilmente se adivina el pensamiento fijo en el amante á quien sin duda van destinadas las flores que en su mano y sobre su pecho oprime.

El rey de Corea. El ministro de Hacienda coreano. — Con el retrato del monarca coreano publicamos los del ministro de Hacienda Pak-Chu-Yang y de un alto funcionario de aquel gobierno, tomados de fotografías facilitadas por el cónsul general de Corea en Alemania. La prensa diaria ha publicado acerca del rey Li Hui, de su poder y de su gobierno extensas relaciones que no hemos de repetir por haberse hecho universalmente conocidos en pocos días cuantos detalles se saben respecto de aquella monarquía y de aquel soberano, que al fin y al cabo será quien pagará los platos rotos en esas rivalidades entre China y Japón y entre las grandes potencias europeas que, de continuar la guerra, no dejarán de aprovechar la primera coyuntura que se les ofrezca para intervenir en la contienda. Las noticias que del teatro de la guerra se reciben son tan contradictorias que es imposible, no ya prever el resultado de la lucha, pero ni siquiera conocer la marcha de las operaciones corrientes: las dos potencias beligerantes atribuyen en cada acción la victoria á sus respecti-



FUNCIONARIO COREANO en traje oficial (de fotografía)

vas fuerzas y los corresponsales y diplomáticos extranjeros tampoco pecan de imparciales. Lo único que se sabe es que China y Japón no cesan en sus aprestos bélicos, y lo único que cabe profetizar es que no será Corea la que saldrá mejor parada de ese trance.



En la silla de manos, asaltada por Caldegás y su gente, iba una doncella...

LA TABERNA DE LAS TRES VIRTUDES

NOVELA ORIGINAL DE SAINT-JUIRS.—ILUSTRACIONES DE DANIEL URRABIETA VIERGE

(CONTINUACIÓN)

II

POR UNA FLOR

Era en efecto de mujer el grito que llegó á oídos del duque.

En la silla de manos, asaltada por Caldegás y su gente, iba una doncella confiada al valor de sus dos pajes y á la vigilancia de un viejo servidor de la familia, el digno Boucherón.

Por desgracia, apenas empezó el tumulto, Marmissolle tuvo buen cuidado de descargar tan fuerte puñetazo en el voluminoso abdomen del viejo, que éste cayó sin aliento, incapaz de moverse ni pronunciar una palabra.

En cuanto á los pajes, Bourguignon y Lafleur, faltóles tiempo para soltar de un golpe la silla en medio del arroyo y poner pies en polvorosa en cuanto vieron brillar los aceros.

—¡Bueno va!, exclamó Pochelú; ¡bien librados salimos de este negocio!

Caldegás se acercó á la portezuela.

—No temáis nada, señorita, dijo quitándose el sombrero con mucha cortesía. Dignaos poner pie á tierra, en la seguridad de que no recibiréis daño alguno; ¡palabra de caballero!

A la doncella le pareció sin duda que el caballero Caldegás tenía un aspecto más digno de figurar en el banco de una galera que en un palacio, por lo cual se lanzó con viveza á la otra portezuela, gritando desesperadamente: «¡Socorro, socorro!»

—Es inútil chillar, repuso el bandido; he tomado mis precauciones, y si no obedecéis de buen grado, ¡vive Dios!, vais á ver lo que sucede.

Apenas hubo soltado su exclamación, un formidable puñetazo sobre el hombro lo arrojó fuera de la silla:

—¡Atrás, canalla!, exclamó una voz amenazadora.

—¡A mí, camaradas!, gritó Caldegás.

Acudieron Marmissolle y Pochelú, la espada en alto, y con la punta de la suya Caldegás les designó al hombre que acababa de intervenir en la contienda.

Era un joven de hermoso aspecto; tendría veintidós años todo lo más. Altiva la mirada, atusado el bigote, tendida hacia atrás la cabellera, alta la frente, desdenosa la sonrisa, desafiaba con los ojos á los salteadores.

—No sois más que tres: es poco.

Y cruzó el acero con Pochelú, que se había acercado más que sus compañeros.

Sonó el choque de las espadas y de pronto Pochelú se echó hacia atrás, exclamando:

—¡Me ha herido!

—¡Va uno!, contestó el joven.

—¡Apretarle, que no es manco!, gritaba Pochelú.

—¡Ya hallará quien le meta en cintura!, añadió Caldegás.

—¡Quién sabe!

Desde la silla, la muchacha objeto de tan rara escaramuza seguía el combate con la mayor ansiedad, más muerta que viva.

Atendiendo á la advertencia de Pochelú, Caldegás y Marmissolle se batían con cautela y maniobraban para ponerse á distancia uno de otro y dificultar la defensa del adversario. Pero se las habían con un enemigo poderoso. Tan pronta á la parada como al ataque, aquella única espada respondía con maravillosa agilidad al asalto de los contrarios.

Ya Marmissolle había recibido un puntazo que le rasgó el jubón, y como no gustaba de que le echasen á perder la ropa, por muy usada que estuviese, se exasperó y cargó ciego de ira.

En esto, algunos transeuntes, burgueses rezagados, atravesaban el puente; pero al ruido metálico del choque de las espadas, volvían pie atrás y el duelo continuaba á la luz de la luna.

—¡Se cansa!.. Ya es nuestro, decía Caldegás.

—¡Todavía no!

—¿Cómo se entiende?.. ¡Dos contra uno!, gritó una voz perfectamente timbrada.

Y una sombra fué á colocarse junto al hidalgo que se batía con tanta destreza. La sombra empuñaba también una espada.

—¿Me permitiréis, caballero?, preguntó al joven.

Y sin aguardar la respuesta, desvió el acero de Caldegás y tomó su parte en aquel duelo desigual.

A solas con Marmissolle, su adversario pasó de agredido á ser agresor. Por desgracia, una nube obscureció el campo de batalla y en la lucha las dos espadas alcanzaron á los contendientes.

Marmissolle cayó al suelo.

—¡Y van dos!, dijo el desconocido.

— ¿Queréis que os ceda el tercero?, preguntó galantemente la sombra.

— ¡Gracias!.. Me parece que también estoy herido en el brazo... No obstante...

— Dejad, repuso la sombra, dejad.

Pero el grueso Boucherón, ya recobrado el aliento durante la prolongada lucha, había corrido con toda la velocidad que le permitía su abdomen en busca de refuerzos.

Allí estaba ya de vuelta, acompañado de algunos pajes con linternas y gente armada de garrotes.

Caldegás comprendió que iba á ser molido á palos allí mismo, si no apelaba inmediatamente á la fuga, por lo cual, dejando en la estacada á su compañero, puso pies en polvorosa.

— ¡Qué lástima!, exclamó la sombra. Con gusto lo hubiese ensartado de parte á parte.

El joven se asomó á la portezuela de la silla de manos.

Brillaba la luna con todo su esplendor, libre del velo que la obscurecía un momento ha. A su luz vió el mancebo el rostro de la que había defendido y quedó atónito de admiración. ¡Adorable criatura!

Sus rubios cabellos rizos, en coquetón desorden, se despeluznaban sobre su frente, y por hecicero contraste tenía los ojos negros, profundos, pensadores, fijos y abiertos aún por el espanto.

La nariz, de ondulado y gracioso perfil, aspiraba estremecida el aire de la noche, y los labios, un poco gruesos, rojos como una cereza, contrastaban con la blancura de la tez, pálida todavía de emoción. Pero tales pormenores no dan aproximada idea de la gracia juvenil, el incitante hechizo, la cándida ternura y belleza de aquel fresco rostro.

El joven, que no había temblado ante tres espadas, se turbó á la vista de aquella imagen ideal.

— Señorita, ¡estáis salvada!, murmuró.

— ¡Ah, caballero, cómo agradeceros lo bastante!..

Temblaba aún, y su emoción comunicaba mayor dulzura á su voz suavísima.

— Harta dicha ha sido para mí encontrarme en este sitio; el placer de veros libertada es ya demasiada recompensa para lo poco que hice... ¡Pero aquí llegan vuestros criados, señorita!

Allí estaban, en efecto. El barrigudo Boucherón iba y venía, charlaba, se contoneaba muy orgulloso, como si hubiese derrotado él solo á toda una pandilla de ladrones.

— ¡Por fin escaparon, los muy cobardes!.. ¡Los hemos puesto en fuga!

El joven sonreía oyendo su jactanciosa charla.

— Aquí tenéis ya, dijo sonriendo, á todos vuestros libertadores.

— ¡Sólo vos, sólo vos!, contestó la doncella.

Y le tendió la mano, que el joven besó inclinándose á ella precipitadamente.

En esto, los pajes se colocaron otra vez en su sitio, y Boucherón, general improvisado, distribuyó su gente colocando cuatro faroleros en las cuatro esquinas de la silla, dos hombres armados con garrotes delante, y dos detrás.

— Si la señorita da su permiso, echaremos á andar; la señora marquesa estará ya cuidadosa con la tardanza, dijo respetuosamente.

La joven hizo ademán de asentir.

— ¡Quedad con Dios!.. ¡Gracias por todo!.., añadió, volviéndose hacia el mancebo.

No bien se hubo puesto en marcha la comitiva, que miraba el joven alejarse,

se asomó la doncella volviendo el rostro é hizo un gesto como para echarle algo. Bajóse él y vió en el suelo un ramillete que llevaba la niña, prendido al pecho.

Lo recogió y besó, inmóvil en su sitio, aspirando el aroma de aquellas flores entreabiertas al tibio calor de la encantadora doncella y siguiéndola con la vista, como si por el mismo camino se alejase su ventura.

Nada era ya posible distinguir, y permanecía aún clavado en su sitio, olvidado de todo para pensar únicamente en ella, cuando notó que le corría por la mano algo líquido que fluía.

Miró y vió que era sangre.

Sintió al propio tiempo que iba á desmayarse y que su mal se aumentaba, á pesar de los esfuerzos para tenerse firme y en pie.

— ¡Si acabaré por caerme!

— ¡Es lo probable!, contestó una voz que le era ya conocida.

— ¡Ah, la sombra!.., murmuró el herido... ¡Sombra bendita!

Y cayó, en efecto, en brazos de la sombra, que por fortuna tenía un cuerpo.

Unos instantes después volvía en sí, reanimado por la sensación de un poco de agua fría en la cara.

— ¿Os sentís muy débil?

— Algo.

— ¿Os parece que podréis andar, con ayuda de mi brazo, hasta muy cerca de aquí, en el malecón de Morfondus.

— Creo que sí.

— ¡Pues andando!

— Caballero, gran ayuda me habéis prestado hace poco, con la mayor delicadeza del mundo...

— No hablemos de esto.

— Al contrario, de ello hemos de hablar... os estoy muy reconocido...

— Advertid que con esta charla os fatigáis más. Aguardad á que estéis curado.

— ¿Sois médico, por ventura?

— Soy... muchas cosas...; algo tengo también de cirujano.

— ¿Puedo saber vuestro nombre?

— No tengo.

— ¿Cómo?..

— Tengo el de mi padre: Poissón, y el que me puso en la pila mi padrino: Raimundo... Pero yo opino que sólo tiene nombre el que ha sabido adquirirlo propio por sí mismo... ¿Y vos?

— Tenéis razón... Por no quedar en deuda con vos, os diré que mi padre es el conde de Fleurbaix, y mi padrino monseñor Gastón de Francia... Es inútil que os diga que estoy á vuestras órdenes.

— Ya hemos llegado.

— Mejor.

— Pero hay que subir todavía una escalera. Difícil lo veo.

— Lo intentaremos.

— Yo habito bajo tejado.

— Tanto peor. Merecís más.

— Siempre fuí de esta opinión.

— Pero, decidme... ¿Qué traje es ese tan negro y ajustado al cuerpo, que os da el aspecto de una sombra?

— Es la ropa de desecho de un miguelete español, un desertor con quien tuve un breve altercado. Quería asesinarme, y yo no fuí de su parecer. Después de una corta explicación, se encontró con que ya no tenía necesidad de ropa, y como la mía estaba algo usada me apoderé de esos ricos despojos.

— ¡Sois ingenioso!

— ¡Por oficio lo tengo... casi! ¡Uf!.. Voy á abrir la puerta... ¡Entrad! ¡Diablo!



— Señorita, estáis salvada, murmuró



Se asomó la doncella volviendo el rostro é hizo un gesto como para echarle algo

de manos, precedida del majestuoso Boucherón y de sus linternas.

Al verlos, la desconocida no pudo reprimir un gesto de cólera.

- ¡Maldición!, exclamó.

- Esto favorece mis designios, pensó el duque.

Y tomando la palabra, dijo á su misteriosa compañera:

- Tal vez la errasteis, señora, en serviros de bandidos y espadachines, cuando podíais hallar un hombre de corazón pronto á sacrificarse por vos.

- ¿Vos sois noble?, dijo al fin... Pero ¿qué digo?.. Esto se está viendo.

La desconocida se volvió á Maufert y le contempló un instante.

- Con razón lo preguntáis, sin embargo. Desde los días de la Fronda, hay tal confusión y desorden en el Estado, que á los plebeyos les da por echarla de lindos como los nobles, y los simples ciudadanos ciñen ya espada lo mismo que los de más alta alcurnia. Si el cardenal no hubiese ordenado muy cuerdamente que los lacayos usaran galones en las mangas, nadie distinguiría muchas veces al amo del criado. Por lo que á mí toca, podéis estar tranquila: soy hidalgo.

- Nunca lo dudé... Vuestro porte... y vuestras impertinencias denuncian al cortesano.

- ¡Mis impertinencias!

- ¿Qué nombre he de dar á las galanterías que me habéis

dirigido á quemarropa cuantas veces me encontrasteis?

- Esto quiere decir que os habéis dignado escucharme. Algo lo disimulabais.

- Por esto no deja de ser verdad que tales cumplidos son impertinentes, cuando se dirigen á una dama desconocida y á quien ni siquiera se vió la cara.

- ¡Cuando encontramos al ídolo, bien podemos elevarle una plegaria!

- No me enaltezáis tanto, porque en realidad no descendo del cielo. Soy una simple mortal: una modesta burguesa.

- ¡Ah, no, señora, mil veces no!

- ¿No? ¡Con qué vehemencia lo negáis! ¿No me habéis creído por ventura?

- ¡Ah, señora! Os amo, os adoro; pero, con harta pena mía, no puedo creerlos.

- ¡Es fuerte cosa!

- Al contrario, el caso es sencillísimo. Fácil os sería engañar con el cuento á los hidalgüelos de provincia; pero no á mí, que, nacido en París y viviendo en la corte y en la villa, estoy habituado á distinguir á una dama de calidad aun á través de la careta. Este diminuto pie, cuya punta asoma por debajo de la fimbria de vuestra falda, denuncia la casta, aunque sea demasiado breve quizás para una parisiense; pero ¡no importa!.. España é Italia nos trajeron algunos parecidos.

- ¿Tal es vuestra opinión?

- ¡Y esta mano!.. Permittedme un momento... ¡Es fuerza que la vea!.. ¡Una mano de infanta!.. Ya veis que os desmiente.

- Tenéis muy buenas disposiciones para decir la buenaventura.

- Porque acierto..., ¿verdad?

- Pues bien, sí; pero ahora, ya que sabéis á qué clase pertenezco, supongo que no insistiréis en vuestros designios.

- ¿Os parecen acaso despreciables?

(Continuará)

¡No os arriméis á esta silla!.. El Tiempo se sentó en ella y le rompió una pierna. Mejor será que os echéis en la cama.

Gastón se tendió sobre el catre. Poissón le quitó la röpilla y examinóle la herida del brazo.

- No es nada; antes de tres días estaréis en pie.

- No por cierto. Ha de ser mañana mismo. En palacio distribuirán los papeles para la función real.

- Pues trataremos de reforzaros antes... Pero estaos quieto y dejad de oler esas flores que marean. Mejor será darles á beber un poco de agua para que mañana estén más frescas... Vamos, ahora procurad dormir.

- Gracias, dijo Gastón; obedezco á la Facultad.

Y volviése de cara á la pared, pero incorporándose luego, preguntó:

- ¿No tendríais unas bigoterías?

- ¿Qué es eso?

- ¡Cómo!.. ¿No sabéis lo que son bigoterías? Es una maravillosa invención traída de España, para que el bigote no se descomponga durante la noche y á la mañana siguiente no haya necesidad de rizarlo.

- Pues no tengo.

- ¡Qué lástima!

- Realmente, es mucha lástima. Buenas noches.

III

BUENA SUERTE

La incógnita dama había dicho «seguidme,» y Enrique de Maufert la seguía. Su deber le llamaba á otra parte, al lugar de la contienda, de en medio de la cual había surgido una voz en demanda de socorro á quien fuera noble y caballero.

Todo esto lo comprendía Enrique de un modo confuso, y únicamente lo bastante para decirse que algo sacrificaba á la mujer misteriosa junto á la cual iba andando á tales horas, no ya como un indiferente que sólo desdenes podía esperar, sino como un cómplice que tenía derecho á sus confidencias. Cuanto había visto y oído, sin enterarle claramente de todo, le mostró, no obstante, que la dama del antifaz preparaba hacía tiempo una emboscada, de la cual había visto Maufert la primera fase.

Comprendió también que sólo dependió de su voluntad frustrar tales designios y cortar con su acero todos los hilos de la trama.

Esto es lo que iba discurriendo mientras acomodaba su paso al de la desconocida; pero más que en esto, pensaba en la dicha de hallarse junto á ella, autorizado, llamado por ella misma. Él le había ofrecido su adhesión y su brazo, y la dama se mostraba agradecida. Latía el corazón, pero no osaba iniciar el coloquio. La dama, por otra parte, estaba, según se veía, muy impaciente, muy nerviosa.

Llegada á la extremidad del puente, en la ribera derecha, se detuvo, y con ella Maufert.

Unos minutos después pasaba por delante de ellos la silla

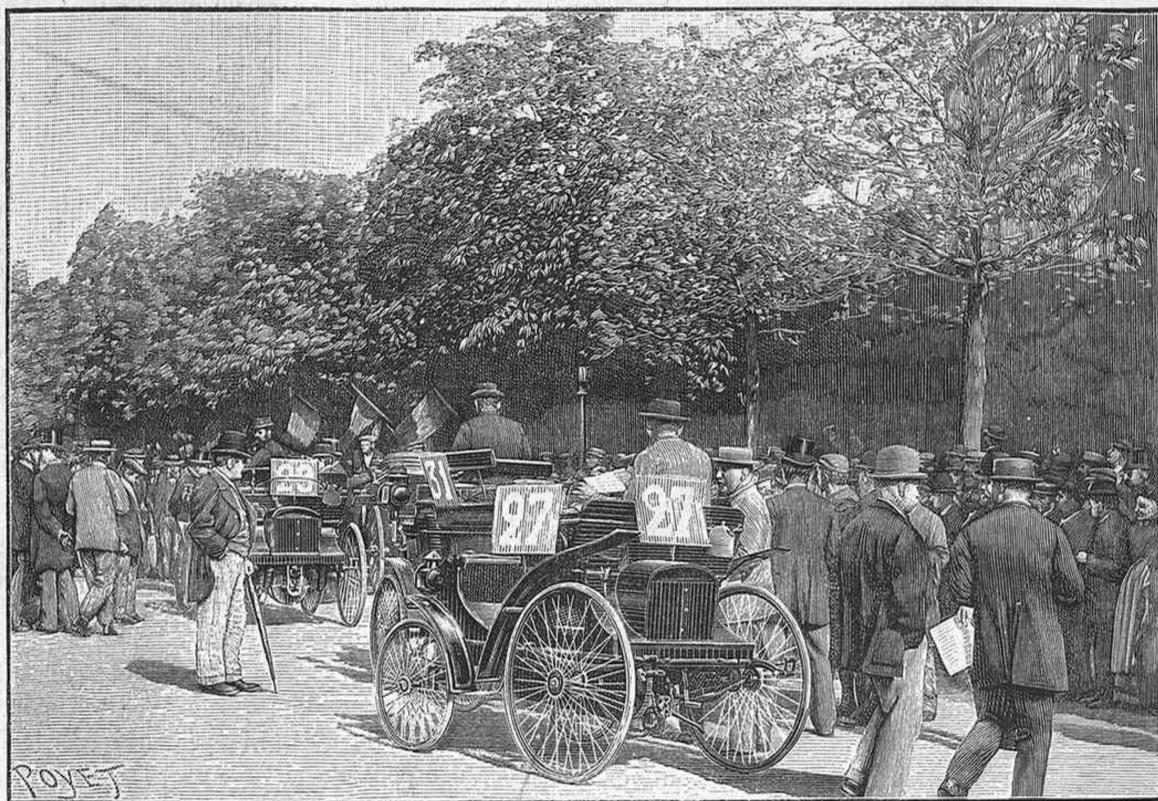


- No es nada; antes de tres días estaréis en pie

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONCURSO DE COCHES AUTOMÓVILES ORGANIZADO
POR EL «PETIT JOURNAL»

El diario francés el *Petit Journal*, al organizar el concurso de coches sin caballos ha tomado una feliz é



Concurso de coches automóviles. - Preparación para la salida del boulevard Maillot, en Neuilly, el 19 de julio de 1894. En primer término el coche á petróleo Peugeot, n.º 27, que obtuvo uno de los primeros premios (de una fotografía)

interesante iniciativa que obedece á las preocupaciones constantes que tanto éxito han valido al popular periódico: fomentar el desenvolvimiento de los ejercicios al aire libre por el ciclismo y por la marcha y el bienestar social por la locomoción individual ó colectiva, facilitada en las grandes carreteras, al gusto de cada cual, tal ha sido el fin que se ha propuesto en sus concursos.

Después de la carrera velocipédica de París á Brest en 1891, y de la de París á Belfort en el propio año, el concurso de coches sin caballos es la tercera prueba de una serie que es de desear sea larga y próspera. Anuncióse este concurso el 19 de diciembre con el siguiente sencillo programa: «Concurso internacional, propulsores mecánicos de todas clases, coches de todas formas, número de asientos *ad libitum*, pero con un mínimo de dos; experimentos preliminares en un recorrido de unos 50 kilómetros con una velocidad de doce y medio por hora, sin que se tome en cuenta una velocidad mayor; prueba definitiva en la carretera de París á Ruán, en una distancia de 126 kilómetros; inscripciones á partir de 29 de diciembre de 1893 hasta 30 de abril de 1894; concurso reservado exclusivamente á los inventores y á los constructores de coches mecánicos. El primer premio se concederá al coche sin caballos que reúna las condiciones de ser, sin peligro, cómodamente manejable para los viajeros y de no resultar demasiado caro por el camino.

Los coches habían de ser juzgados exclusivamente por el personal de la redacción y administración del citado diario, asesorado por algunos ingenieros que asistieron á las pruebas y comunicaron sus informes técnicos y los resultados de sus observaciones á los jurados, á quienes acompañaron en las diferentes pruebas.

Ofreciéronse cinco premios: uno de 5.000 francos, del *Petit Journal*, y cuatro, de 2.000, 1.500, 1.000 y 500, debidos á la liberalidad de M. Marinoni.

Las inscripciones registradas en 30 de abril alcanzaron la imponente cifra de 102, pero en el momento de las pruebas realizadas en los días 19, 20, 21 y 22 de julio último sólo se presentaron 47 vehículos.

El programa se cumplió puntual y fielmente. El primer día de las pruebas preliminares, el 18 de julio, de los 23 concurrentes inscritos sólo 17 tomaron parte en la carrera en cuatro itinerarios distintos sacados á la suerte. De los 17 únicamente 13 fueron admitidos en las pruebas definitivas. En la segunda jornada, 19 de julio, los 27 concurrentes inscritos algunos días antes quedaban reducidos á 20, de los que sólo seis partieron, siendo todos admitidos en las

pruebas definitivas. En el tercer día, reservado á los rezagados de los días anteriores, sólo se reunieron dos concurrentes, que fueron admitidos. El número total de vehículos que podían tomar parte en las pruebas definitivas quedó, pues, reducido á 21, resultado más que satisfactorio teniendo en cuenta las dificultades del problema.

En efecto, ¿cuáles son los sistemas motores á que puede recurrirse para mover un vehículo? Estos siste-

motores de vapor calentado por el cok; 3.º, motores de vapor calentado por el petróleo.

El cok y el petróleo son combustibles que en todas partes se encuentran, de colocación fácil y de un precio económico: en cuanto al agua, raras veces falta. Estos tres sistemas son, pues, sensiblemente equivalentes desde este punto de vista: el ingenio del que los usa y la habilidad del constructor pueden establecer diferencias que no es conveniente prejuzgar, pues para ello es preciso conocer todas las condiciones de funcionamiento de cada uno.

Los vehículos que han realizado con éxito todas las pruebas han sido 15, que desde el punto de vista del sistema se descomponen del modo siguiente: motores de petróleo y gasolina, 13; motores de vapor de agua calentado por el cok, 2.

Los quince concurrentes salidos á las ocho de la mañana de París llegaron á Ruán en los límites fijados en el concurso con una velocidad real muy superior á doce kilómetros y medio por hora, pues la velocidad comercial (contando las paradas) del vehículo más lento ha pasado de aquella cifra.

He aquí la lista de esos quince vehículos por el orden de llegada y la hora en que llegaron.

N.º 4. Coche de M. Dion,	4	asientos, vapor,	á las 5 y 40.
- 65 íd. Peugeot,	4	íd., petróleo,	á las 5 y 45.
- 28 íd. Peugeot,	4	íd., íd.,	á las 5 y 50.
- 13 íd. Panhard y Levasor,	4	íd., íd.,	á las 6 y 3.
- 31 íd. Peugeot,	5	íd., íd.,	á las 6 y 7.
- 42 íd. Le Brun,	4	íd., íd.,	á las 6 y 24.
- 15 íd. Panhard y Levasor,	2	íd., íd.,	á las 6 y 30.
- 64 íd. Panhard y Levasor,	4	íd., íd.,	á las 6 y 49.
- 53 íd. Bourmont,	4	íd., íd.,	á las 7 y 1.
- 30 íd. Peugeot,	3	íd., íd.,	á las 7 y 2.
- 24 íd. Vacheron,	2	íd., gasolina,	á las 7 y 3.
- 27 íd. Peugeot,	2	íd., íd.,	á las 7 y 5.
- 14 íd. Panhard y Levasor,	4	íd., petróleo,	á las 7 y 10.
- 85 íd. Roger,	4	íd., íd.,	á las 8 y 9.
- 60 íd. Leblanc,	8	íd., vapor	á las 8 y 50.

Los premios se han otorgado en la siguiente forma: *Primer premio*, 5.000 francos, del *Petit Journal*, repartidos entre los Sres. Panhard y Levasor y los hijos de Peugeot hermanos (coches de petróleo ó gasolina). *Segundo premio*, premio Marinoni, 2.000 francos, á los Sres. Dion Bouton y compañía (remolcador de vapor). *Tercer premio*, premio Marinoni, 1.500 francos, á Mauricio Leblanc. *Cuarto premio*, premio Marinoni, 1.000 francos, repartido entre los Sres. Vacheron y Le Brun (motores de petróleo). *Quinto premio*, premio Marinoni, 500 francos, á M. Roger (coche de petróleo). *Premio de estímulo*, á M. Scotte. *Mención honorífica*, á M. Roger de Montais (triciclo de vapor).

E. HOSPITALIER

* *

LOS RELOJES PARLANTES

Hacer algo nuevo en materia de relojes de bolsillo parece cosa difícil: la precisión de la construcción actual deja poco espacio al progreso y las indicaciones que se ha logrado obtener de esos pequeños instrumentos son tantas y perjudican tan poco á su buena marcha que podría considerarse como alcanzada casi por completo la perfección en punto á relojería.

Sin embargo, un relojero francés establecido en Ginebra, M. Siván, ha conseguido salirse del camino trillado, inventando un cronómetro que dice las horas en vez de tocarlas, merced á una ingeniosa aplicación del fonógrafo.

El reloj de repetición ordinario lleva un botoncito oprimiendo el cual pónese en movimiento un juego de martillitos que dan golpes sobre unos muelles-

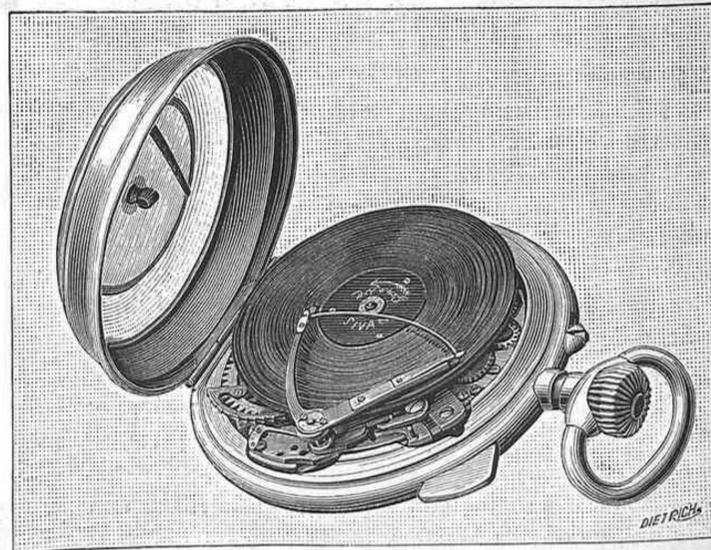


Fig. 1. - El reloj parlante con su placa fonográfica

(1) No hablamos aquí de las pilas hidro-eléctricas: si el combustible que en ellas se emplea, el cinc, es relativamente ligero, el comburente que han de llevar consigo es muy pesado: además la renovación de esos productos es también fastidiosa y contingente.

timbres: de esta suerte se puede hacer sonar las horas, los cuartos y los minutos; pero este sistema tiene el inconveniente de exigir una gran atención por parte del que usa el reloj, porque se ve obligado á contar los golpes y á distinguir los intervalos entre horas y cuartos y entre cuartos y minutos. El reloj Siván no presenta ninguno de estos inconvenientes, pues en él los muelles-timbres están reemplazados por una plancha circular de caucho volcánizado con surcos estriados y con los martillos apoyados en las estrías por una de sus puntas. Los grabados que publicamos permiten darse fácilmente cuenta del funcionamiento de tales aparatos.

La figura 1 representa el reloj abierto con su plancha fonográfica, que tiene 48 surcos correspondientes á las 12 horas y á los 36 cuartos recorridos por la aguja: la figura 2 es la misma, pero sin la placa, para dejar al descubierto el mecanismo; la placa, que en el grabado se reproduce aparte, se ve del lado en donde no hay las estrías.

Cuando se oprime el botoncito de la plancha de caucho, la punta que sigue sus sinuosidades vibra y las vibraciones se traducen por frases, que dicen «son las ocho, son las doce y media,» etc. Las estrías son, en efecto, la reproducción exacta en un plano del surco helicoidal producido por una voz humana en un cilindro de fonógrafo.

Naturalmente los relojes de bolsillo no son las únicas piezas de relojería á que puede aplicarse este ingenioso sistema: todos los relojes de pared, de mesa, etc., pueden tenerlo, y en la actualidad M. Siván construye ya despertadores que en vez del timbre estridente y mortificante de los ordinarios llevan

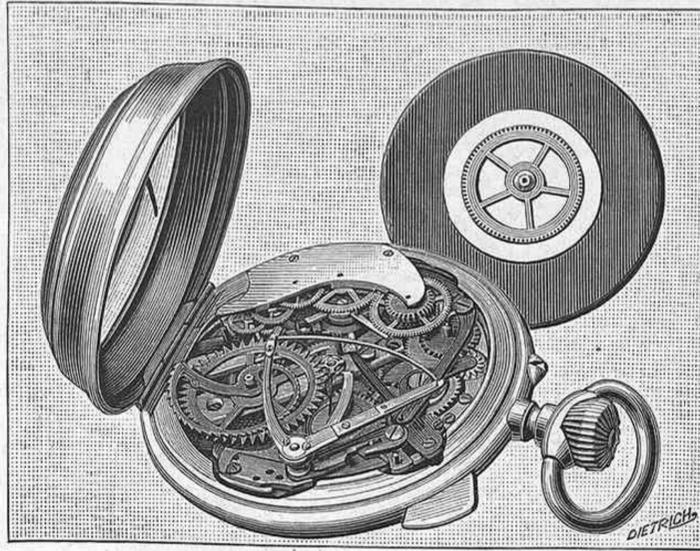


Fig. 2. - Mecanismo del reloj parlante: aparte se ve la placa fonográfica

planchas parlantes, merced á las cuales puede uno hacerse despertar por el canto del gallo ó por los acentos enérgicos de una voz conocida que, con una plancha de seis á siete centímetros, se hacen oír de una habitación á otra, aun cerradas las puertas, gritando ¡levántate! bastante fuerte y por tiempo suficiente para arrancar al mortal más dormilón de los brazos de Morfeo.

Además de la dificultad resultante de la desproporción entre la pequeñez de las estrías y la fuerza que es necesario dar al sonido, M. Siván ha tenido que vencer otras muchas. Era preciso, en primer tér-

mino, introducir el mecanismo en una caja de reloj de bolsillo sin exagerar las dimensiones de éste y luego encontrar para las planchas una materia plástica resistente. Estos obstáculos han sido felizmente vencidos: los relojes de bolsillo de M. Siván se parecen á los de repetición ordinarios, y sus planchas, á pesar de la presión de la punta, pueden hablar muchos millares de veces sin que se note en ellas un desgaste apreciable.

Y no sólo esto ha conseguido M. Siván, sino que retocando las estrías fonografiadas, suprimiendo unas y exagerando otras, ha llegado á dar á las palabras pronunciadas los acentos particulares característicos de tal ó cual provincia.

Los aficionados que no quieran contentarse con las planchas ordinarias pueden encargar otras que reproduzcan su voz ó la de alguna persona querida, en cual caso los relojes serán verdaderos recuerdos de familia.

La variedad de combinaciones que con este sistema puede obtenerse es, como se ve, ilimitada.

Una cosa, sin embargo, habrá de procurarse con gran cuidado, y es: que en las casas en donde haya varios relojes parlantes, de bolsillo ó de pared, todos vayan acordes, pues de lo contrario sus disputas, fuente de perniciosos ejemplos, podrían turbar la tranquilidad de las familias formales y desorientar á las gentes metódicas. Pero este inconveniente es de muy fácil evitación, gracias á la precisión que caracteriza á estos aparatos, cualidad que los hace doblemente estimables.

L. REVERCHON

(De La Nature)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paiz, PARIS

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
en París
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
y conserva el cutis limpio y terso
CALLE DE St. DENIS, 18
PARIS

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXÍJASE el nombre y la arma AROUD

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.

Exíjase en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GRAJEAS DEMAZIÈRE

CÁSCARA SAGRADA IODURO de HIERRO y CÁSCARA
Dosadas á 0gr. 125 de Polvo. 0gr. 10 de Ioduro, 0gr. 03 de Cáscara.
Verdadero específico del
ESTREÑIMIENTO El mas **ACTIVO** de los **FERRUGINOSOS**
HABITUAL No produce estreñimiento.
PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers. - Muestras gratis á los Médicos.
Depósito en todas las principales Farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)

PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.
En todas las Farmacias de España.

VERITABLES GRANOS de Santé du docteur FRANCK

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. - PREGIO: 12 REALES.

Exíjase en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

APIOL
de los D.ºs JORET & HOMOLLE

El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las *Epocas*, así como las *pérdidas*. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D.ºs JORET y HOMOLLE.

MEDALLAS Exp.º Univ.ºs LONDRES 1862 - PARIS 1889
Far.º BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos *Allivia y Cura* CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION

ASMA y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C.º, P.ºs, 102, B. Richelieu, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

DON RAFAEL IGLESIAS

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

Con gusto vamos á presentar á nuestros lectores breves apuntes biográficos de uno de los jóvenes más distinguidos de la América Central, quien por sus altas dotes de hombre de Estado y sus demás personales condiciones ha merecido la honra de que el voto de sus conciudadanos lo haya colocado al frente de los destinos de su país.

Nació D. Rafael Iglesias, presidente actual de Costa Rica, en la capital de la República el 18 de abril de 1861 y descende de las familias más notables y que con timbres de gloria han figurado más en la política y en la prosperidad y cultura de su patria. De nueve años de edad y después de haber adquirido todos los conocimientos propios de la enseñanza primaria, ingresó en el colegio de segunda enseñanza establecido en la ciudad de Cartago, bajo la dirección de los competentes profesores señores Ferraz y Picado; allí cursó los tres primeros años, completando en la universidad de Santo Tomás, fundada en la capital de la República, los estudios previos al grado de bachiller en Ciencias y Letras, grado que obtuvo con satisfactorio examen el 18 de marzo de 1875. Continuó en la misma universidad estudios de Derecho, habiendo sido designado en diversos años por sus profesores y condiscípulos para representar en examen público las clases de Derecho romano y Derecho público.

Joven aún, casi adolescente, reveses de fortuna en el capital de su familia le obligan á abandonar los estudios de Derecho emprendidos por cuatro años y lo lanzan á la lucha por la vida. Entró en ella con ánimo esforzado, con voluntad inquebrantable. Los obstáculos no lo arredran, antes bien en ellos temple su espíritu. Su iniciativa es fecunda, su actividad prodigiosa y su clarísima inteligencia á la altura de su actividad é iniciativa. En este rudo batallar obtiene la recompensa del triunfo y la íntima satisfacción de ser valiosísimo sostén de su numerosa familia.

Conquistada una regular fortuna en el campo honroso de perseverantes y bien dirigidas labores, con fe, con entusiasmo, con miras de elevado patriotismo, consagra sus poderosas facultades á estudiar las cuestiones políticas y el modo de ser social y económico del país. Estudios estos por los cuales desde su niñez sentía especial vocación y que le ocasionaron desde la edad de 19 años persecuciones y sufrimientos políticos, bien confirmados en documentos públicos y en la conciencia de sus conciudadanos.



R. Iglesias

D. RAFAEL IGLESIAS, actual presidente de la República de Costa Rica

Iniciada la campaña electoral de 1889 para la renovación de los primeros poderes del Estado, surge del seno oficial la candidatura del licenciado don Ascensión Esquivel, quien por hallarse al frente del Ejecutivo, tenía á su favor las probabilidades de la victoria. En tales circunstancias, el Sr. Iglesias, asociado á once jóvenes enérgicos, enarbola el estandarte del partido constitucional democrático que se inauguró entonces, y forman la Directiva del partido que dió el triunfo en las urnas electorales.

La elocuente y persuasiva propaganda dirigida por el Sr. Iglesias se hace sentir por todas partes, recogiendo en todas frutos abundantes.

Espíritu organizador, da forma y disciplina al partido dicho, que proclama la candidatura del licenciado don José Joaquín Rodríguez. Pensamiento y acción de esta agrupación política, en poco tiempo reúne á su alrededor inmensa mayoría. El resultado no se hizo esperar. El voto de las asambleas electorales proclamó para ejercer la presidencia de la República al Sr. Rodríguez, quien confió la secretaría de Guerra y Marina al que era alma de su partido. En este elevado puesto, el Sr. Iglesias, sin desatender las trascendentales cuestiones de la política, ni nada que pudiera tener relación con los verdaderos intereses del país, acometió la reorganización del ejército, la mejora del servicio de guarniciones y dotó los almacenes de Guerra de aquellos elementos bélicos indispensables para la defensa nacional; y si todos sus proyectos de reforma en este ramo importantísimo no pudo verlos realizados durante la anterior administración, tiene el firme propósito de llevarlos á buen término en el presente período presidencial, lo mismo que todos aquellos reclamados por una mejor organización administrativa, tales como la situación económica del país, la instrucción pública, la justicia criminal y las necesidades sociales en cuanto del gobierno dependa satisfacerlas.

El dogma liberal que informa su credo político, la experiencia adquirida en todos los asuntos del Estado y su visión clarísima de las condiciones especiales de Costa Rica en todas las esferas de la actividad social, constituyen plena garantía de acierto en sus delicadas y trascendentales labores como primer magistrado de la nación.

Bajo auspicios tan favorables, el país espera del eximio ciudadano que hoy rige sus destinos la realización de su magnífico programa de gobierno, lanzado al país en el acto de tomar posesión de la primera magistratura de la República.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{te}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abaloes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^a, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Pildoras y Jarabe

BLANCARD

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

**ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.**

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD

Comprimidos de Exalgina

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

Las Personas que conocen las PILDORAS de DEHAUT

DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.